

CB
52

Jesús M. ASURMENDI
Gérard BLOCHAT
Henri CAZELLES
Edouard COTHENET
Hugues COUSIN
Maurice GILBERT

Philippe GRUSON
Alain MARCHADOUR
Michele MORGEN
Charles PERROT
Michel QUESNEL

El Espíritu Santo en la biblia

EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
ESTELLA (Navarra)
1986

Me cuesta recordar las fechas. Para compensar mi olvido, utilizo como puntos de referencia los números de estos «Cuadernos Bíblicos». Etienne Charpentier, nuestro amigo común, desaparecido demasiado pronto, me comprometió en este Servicio Bíblico «Évangile et Vie» desde el cuaderno n.º 22, *Las cartas a los corintios*. Le sucedí al frente del Servicio en el cuaderno n.º 28, *En las rmitas de la Sabiduría*. Pablo, la Sabiduría, dos excelentes padrazgos que, espero, han influido en mi paso por este Servicio. Se han terminado mis dos mandatos y me siento sinceramente dichoso de poder acoger al nuevo director. Llega con el cuaderno n.º 52 sobre el Espíritu Santo, 'Y es éste un buen augurio'. François Tncard es un sacerdote de la diócesis de Sens-Auxerre. Viene a poner sus talentos al servicio de «Évangile et Vie». A su reconocida competencia bíblica une sus dotes de organizador y de animador. Nos conocemos bien por haber trabajado juntos muchas veces, por ejemplo en el III Congreso de animadores bíblicos de la región centro (Issoudun 1983). ¡Bienvenido!

Antes de firmar este último editorial como director, deseo simplemente dar las gracias a los numerosos amigos que, de una manera u otra, colaboran con «Évangile et Vie». ¡Gracias al pequeño equipo de dirección Philippe Gruson, Pierre-Mane Beaudé y Alain Marchadour! Hemos sentido una gran alegría de poder trabajar juntos, y François Tncard nos ha pedido que lo sigamos haciendo. ¡Gracias a todos vosotros, amigos lectores! Para una publicación como la nuestra es una buena edad la que forman 52 trimestres: es la edad más oportuna para comenzar una nueva vida ¡adelante con los «cuadernos»!

Ahora os ofrecemos una selección de textos bíblicos en los que puede seguirse la revelación progresiva del Espíritu Santo a través de los dos Testamentos. Sin pretender ser exhaustivos, he recogido aquí todas las riquezas de la teología del Espíritu Santo, hemos escogido yuxtaponer los comentarios de unos veinte textos, dejando a cada uno de ellos la originalidad de su propio enfoque.

¡Ojalá el Espíritu inspire a cada uno de los lectores de este cuaderno, como inspiró a cada uno de los autores de los libros de la Biblia!

Marc Sevin

ANTIGUO TESTAMENTO

①

UN PUEBLO DE PROFETAS

Nm 11, 16-17.24-30

²⁴ Salió Moisés para decir al pueblo las palabras del Señor. Luego reunió a los 70 ancianos del pueblo alrededor de la tienda. ²⁵ El Señor bajó en la nube. Habló y tomó del **espíritu** que descansaba sobre él para ponerlo sobre los 70 ancianos. Cuando el **espíritu** descansó sobre ellos, profetizaron, pero no volvieron a hacerlo más.

²⁶ Se habían quedado dos hombres en el campamento; uno se llamaba Eldad y el otro Medad. El **espíritu** descansó sobre ellos; aunque no habían venido a la tienda, estaban entre los inscritos. Se pusieron a profetizar en el campamento. ²⁷ Corrió un joven a anunciárselo a Moisés y le dijo: «Eldad y Medad están profetizando en el campamento». ²⁸ Josué, hijo de Nun, que servía a Moisés desde su juventud, tomó la palabra y dijo: «Moisés, señor,

jimpídeselo!». 29 Moisés le respondió: «¿Acaso sientes celos por mí? ¡Ojalá todo el pueblo del Señor fuera profeta y le diera el Señor su espíritu!». 30 Luego Moisés volvió al campamento y con él los ancianos de Israel.

CONTEXTO

La marcha de los israelitas por el desierto fue toda una larga serie de crisis. Los c. 11 al 17 del libro de los Números nos refieren por lo menos siete episodios de rebeldía. En el c. 11 se mezclan varios temas: el de la «avidez» del pueblo que exige carne para comer, en lugar del maná cotidiano. Esto provoca el desaliento de Moisés, único responsable de dirigir al pueblo e incapaz de alimentarlo. El Señor le respondió primero que escogiera 70 colaboradores y luego le anunció que tendrían carne hasta hartarse. El pueblo pudo saciarse de codornices, hasta quedar harto. Se oponen entre sí estos dones: el espíritu que se les da a los 70 ancianos será para la vida del pueblo; el don de la carne, por el contrario, lo **llevará** a la muerte.

Los exégetas suelen atribuir a la tradición elohista los textos relativos al don del espíritu, gracias a varios elementos característicos de esta tradición (la tienda fuera del campamento, la nube, Josué...; cf. Ex 33, 7-11, igualmente elohista).

LOS 70 ANCIANOS

Las directrices que da Dios (16-17) son ejecutadas fielmente por Moisés (24-25). Pero de esta operación se sigue un resultado inesperado, como suele ocurrir cuando el espíritu está en juego: los ancianos se ponen a profetizar.

En este contexto, se trata ciertamente de una actividad extática análoga a la de los «hijos de los profetas»: trance, palabras misteriosas o incomprensibles. Podemos pensar en lo que le ocurrió a Saúl cuando se encontró con algunos grupos de estos profetas (1 Sm 10,5-12; 19,23-24). Pero este carisma extraordinario no es duradero, ya que los ancianos no son profetas.

Es sólo un signo dado por Dios para ratificar la elección de los 70 hombres por Moisés y para autentificar su autoridad sobre el pueblo. Al mismo tiempo, es una demostración de ese poder del espíritu de Moisés, del que una parte solamente basta para poner en trance a 70 personas. Moisés, en esta ocasión, no profetiza, sino que es tan sólo aquel con el que Dios habla (17 y 25).

Hay otros textos que muestran a estos ancianos al lado de Moisés: Ex 17, 5; 18,12; Nm 16,25 y sobre todo Ex 24, 1-2.9-11, cuando la conclusión de la alianza. Se trata probablemente de los mismos responsables que los jueces o dirigentes nombrados por consejo de Jetró en Ex 18, según otra tradición.

ELDAD V MEDAD

La historia continúa luego con el relato de esos dos hombres que también se pusieron a profetizar, a pesar de haberse quedado en el campamento. La fuerza del espíritu es tan grande que puede actuar a distancia, más allá del ritual previsto: «Estaban entre los inscritos», señala el narrador; ¿es que los 70 del v. 24 eran sólo 68? ¿O bien este episodio se añadió al precedente para elevar el número de ancianos a 70? En todo caso, el espíritu se les dio a todos los elegidos por Moisés. Esto provoca la reacción de Josué y la decisión final de Moisés, con que concluye el conjunto. En vez de recelar de la extensión de este privilegio profético, difícil de controlar, Moisés anhela su difusión sobre todo el pueblo: «¡Ojalá a todo el pueblo diera el Señor su espíritu!». Aquí el texto tiene una novedad: es el Señor el que da su espíritu en vez de repartir entre los demás el de Moisés. Esto trastorna las ideas tradicionales sobre las instituciones de Israel, según las cuales el Espíritu del Señor se les reserva a los jefes: primero a los

jueces, y luego a los reyes. ¿No se tratará de una teología distinta, más reciente? Porque esta perspectiva del don del espíritu del Señor a todo el pueblo no aparecerá hasta Ezequiel y sobre todo con Joel!. Pero el texto desborda la perspectiva de solos los responsables y piensa más bien en el carisma profético para todos, en el sentido con que Isaías anunciará la difusión del «conocimiento del Señor» (Is 11, 9) y Jeremías la alianza nueva (Jr 31,34): «Todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande».

MOISES PROFETA

El capítulo siguiente (Nm 12) vuelve sobre el mismo tema con ocasión de las críticas de María y de Aarón contra Moisés, que queda situado con toda claridad más allá de los profetas habituales, que reciben sueños y visiones: «Respecto a mi siervo Moisés, un hombre de confianza para toda mi casa, yo le hablo de viva voz (de boca a boca) y no en un lenguaje oculto; él ve la forma del Señor» (12,7-8).

El único texto que puede compararse con Nm 11 es la transmisión del espíritu de Elías a Eliseo (2 Re 2,1-15); también sobre Eliseo «se posa el espíritu» de su maestro, heredando de este modo su autoridad sobre los demás profetas. Moisés y Elías son las dos grandes

figuras de las tradiciones del norte, los dos hombres de Dios por los que se le ofrece a Israel la salvación. Moisés, según Dt 18, 18, anuncia la venida de un profeta semejante a él, que tendrá en sus labios las palabras mismas de Dios.

LA TRADICION

La tradición judía leyó en Nm 11 la institución de los ancianos del pueblo: la futura gran asamblea (sinagoga) de Esdras y más tarde el sanedrín, con sus 70 miembros en torno al sumo sacerdote. ¿Cómo manifestar mejor la continuidad viva de la tradición oral, desde Moisés hasta la Misná?

En cuanto a la tradición cristiana, desde la *Traditio Apostolica* de Hipólito (siglo 11) se cita este texto para basar la existencia de un colegio de presbíteros o ancianos alrededor del obispo: «Tú añadiste a Moisés unos ancianos y les llenaste de tu Espíritu, que habías concedido a tu siervo». Notemos, por otra parte, que la Vulgata, siguiendo un targum, traduce así el v. 25: «Se pusieron a profetizar y no cesaron». Se afirma entonces la permanencia del don del Espíritu, anticipando así la fiesta de pentecostés.

Philippe GRUSON

EL ESPIRITU DE ELIAS REPOSA SOBRE ELISEO

2 Re 2, 1-18

¹ Esto es lo que ocurrió cuando el Señor se llevó a Elías al Cielo en medio del torbellino ⁹ Cuando atravesaron (el)Jordan, Elías dijo a Eliseo «Pregunta ¿que puedo hacer por tí antes de que me alejen de tí?» Y Eliseo respondió «Que me corresponda una doble parte de tu espíritu» ¹⁰ Elías respondió «Pides una cosa difícil, si me ves cuando me alejen de tí, así ocurrirá, si no, no lo tendrás»

¹¹ Pues bien, mientras iban conversando, he aquí que entre ellos dos se interpuso un carro de fuego con unos caballos de fuego y Elías subió al Cielo en medio del torbellino ¹² Eliseo lo vela y gntaba «¡Padre mío' ¡Padre mío' ¡Carro y aunga de Israel!» Luego dejó de verlo

¹³ Recogió el manto de Elías, que se había caído, y se volvió Junto a la onlla dellordán

⁵ Los hermanos profetas lo vieron a lo lejos y dijeron «¡El espíritu de Elías se ha posado sobre Eliseo!», salieron a su encuentro y se postraron en tierra ante él ¹⁶ Le dijeron «Ha) aquí entre tus servidores 50 valientes Permite que vayan a buscar a tu maestro, quizás se lo ha llevado el espíritu del Señor y lo ha arrojado por alguna montaña o algún valle» Pero el contestó «No mandéis a nadie»

CONTEXTO

Con este capítulo concluye el Ciclo de Elías (1 Re 17-19, 21, 2 Re 1-2), pero sobre todo queda introducido el de Eliseo (2 Re 2-9 y 13) que Elías habla llamado a su servicio (1 Re 19, 19-21) Constituye incluso un trozo escogido, ya que todo lo demás del Ciclo de Eliseo (2 Re 2, 19s) vendrá a confirmar que el discípulo es un buen sucesor del maestro misteriosamente desaparecido, tal como intenta precisamente de Cirnos este texto

Los dos Ciclos, cuya primera redacción se remonta a épocas cercanas entre sí (siglos IX-VIII a C), muy parecidos también en su estilo y su mensaje, tienen sin embargo cada uno su sello característico. Elías aparece solitario, defensor ardiente de los derechos de Dios frente a la idolatría, mientras que Eliseo vive en Samaria, con acceso ante el rey (2 Re 4, 13) Y en estrecha relación con «los hijos de los profetas») ¿No será quizás uno de ellos? Los relatos del Ciclo de Elías se vinculan entre sí por una línea continua y progresiva, mientras que los que se refieren a Eliseo son la

yuxtaposición de anécdotas separadas, con un estilo más popular y más imaginario, en el que predomina lo maravilloso.

De este modo, 2 Re 2, 1-18 se presenta como el eje de los dos ciclos. El autor, como un visionario y un poeta, describe aquí en el estilo de la leyenda la desaparición de Elías, el terrible profeta del Señor, y su sustitución por Eliseo que, vestido del espíritu de su maestro, se convertirá a su vez, en medio de su pueblo tentado por la idolatría, en un profeta poderoso en obras y en palabras, en el profeta del cariño y de la vida de Dios.

ESTRUCTURA V BREVE COMENTARIO

2 Re 2, 1-18 es un texto bien construido. Después de una introducción narrativa (1a), se suceden tres pequeñas escenas (1 b-6), con un cambio de lugar en cada una, con la misma negativa de Elías a que lo acompañe Eliseo, y con la misma respuesta de Eliseo que no quiere dejarlo solo (1 b-2; 3-4; 5-6). En las dos últimas escenas intervienen con los mismos términos los hermanos profetas, preocupados por lo que va a pasar. Eliseo, impaciente, les da la misma respuesta: «¡Callaos!». Las repeticiones de esta secuencia «viaje» elevan la tensión del relato y producen una impresión creciente de misterio y de inquietud ante el presentimiento de la intervención divina. Todo el mundo sabe lo que le va a pasar a Elías, pero se habla de ello con palabras encubiertas.

La escena principal, en los v. 7-14, se desarrolla junto al Jordán. Está formada por un diálogo entre Elías y Eliseo (9-10), por el rapto de Elías (11) y por la reacción de Eliseo (12), esmaltado todo ello por toda una serie de inclusiones entre los v. 7-8 y 13-14: detenerse junto al Jordán, quitarse el manto, golpear el agua, separar las aguas, atravesarlas. Es éste el corazón del relato. Eliseo, único testigo del prodigio, recibe como paga de su petición la herencia espiritual de su maestro. Su primer milagro (14) demuestra que ha recibido ciertamente el espíritu de Elías.

Los v. 15-18 comentan lo anterior: los profetas de Jericó reconocen que Eliseo ha recibido sin duda el

espíritu de Elías y que este último ha desaparecido definitivamente (17). Los dos relatos de los v. 19-25 se encuentran bajo el movimiento de este relato de investidura. De estilo muy legendario, atestiguan el poder de Eliseo, hombre de Dios poderoso en palabras y en obras, fuente de bendición o de maldición según la actitud que se tome ante él.

El **manto** representa un papel importante en este «rito de sucesión». Mencionado ya en 1 Re 19,19 para significar que Elías llama a Eliseo a su servicio, el autor habla aquí de él en tres ocasiones (v. 8.13 y 14). Considerado como signo de la presencia de Dios y portador de los poderes sobrenaturales del profeta (abre por dos veces las aguas del Jordán), es también el símbolo de su personalidad y de su vocación. Al vestirse con él, Eliseo se presenta en adelante a los ojos de todos como el sucesor de Elías, profeta como él y dotado de los mismos poderes.

El **rapto de Elías** se describe con ayuda de las imágenes de «carro de fuego» y de «tempestad», símbolos de la fuerza divina que se lleva al profeta. Es el acompañamiento clásico de las manifestaciones divinas (Ex 20,18; Ez 1,4; etc.). Elías ya no forma parte de este mundo, como se subraya en la búsqueda infructuosa de los profetas de Jericó. ¿Pasó por la muerte? El texto no lo dice. Sugiere más bien que no. Por eso la tradición dedujo que seguía aún vivo, aunque invisible, y que algún día habría de volver como precursor del mesías (Mal 3, 23-24; Eclo 48,10), como los otros dos personajes que tuvieron el mismo final misterioso: Moisés y Henoc.

EL ESPIRITU DE ELIAS V EL ESPIRITU DEL SEÑOR

¿Qué es lo que dice este texto sobre el espíritu? La palabra *ruah* aparece tres veces, una vez en relación con el Señor (16) y dos en relación con el hombre (9 y 15). En el conjunto de los ciclos Elías-Eliseo, se observa la misma utilización de esta palabra, pero añadiéndole el significado de viento (1 Re 18,45; 19,11; 2 Re 3, 17), no como simple elemento natural, sino como rea-

lidad dinámica ligada a la presencia o a la acción de Dios en la historia de los hombres (signo que anticipa la lluvia fecunda en 1 Re 18,45; 2 Re 3, 17).

En 2 Re 2, 9, Eliseo le pide a Elías una doble parte de su espíritu. literalmente «un bocado de dos» en su espíritu. Se trata de una formulación extraña. Probablemente remite a Dt 21, 17 donde, según el derecho familiar tradicional, el hijo mayor goza de una parte doble de la herencia. Así. pues, Eliseo pide ser reconocido como el heredero de Elías, como su hijo mayor espiritual; por otra parte, en el v. 1210 llamará por dos veces «padre mío». Al estilo de Nm 11,25 (cf. p. 7), el espíritu se considera aquí como una fuerza divisible y transmisible. Se trata de la vitalidad de Elías, que desaparece y se transmite a otro cuando acaba su vida. Esta vitalidad está formada a la vez de «respiración» y de «inspiración». En efecto. el texto parece unir las dos cosas: una vez que Elías ha acabado con su misión aquí abajo, todo lo que le animaba como soplo y como inspiración lo deja para que vaya a animar a Eliseo. Se reconoce aquí el espíritu profético. el que inspira a los profetas (Is 42,1; 61,1; Ez 2, 2; Os 9, 7; etc.), el que los convierte en otros hombres (1 Sm 10, 6), *produciendo a veces efectos tan violentos como inesperados* (1 Re 18, 12; 2 Re 2, 16; Ez 3,12; etc.).

Este espíritu que deja Elías para animar a Eliseo ¿es independiente de Dios? Aparentemente, Dios no participa en su transferencia, pero el v. 10 subraya la impotencia de Elías en responder a la petición de Eliseo. El no puede hacer más que señalar el signo por el que Dios le hará saber si ha sido escuchada su plegaria: Eliseo podrá ver (10 y 12) algo que quedará oculto a los ojos de los demás profetas: el rapto de Elías. El será entonces «vidente» (*ro'eh*) y por tanto cualificado como profeta. El espíritu, aunque vinculado al hombre, se pone aquí en relación con el Señor. Elías no es dueño suyo, no puede disponer de él a su gusto; no le pertenece. Es una fuerza extraordinaria que impregna

al hombre, pero que lo supera. Y la fuerza de acción que a continuación desplegará Eliseo (2 Re 5, 26...) demuestra que el espíritu que ha recibido tenía ciertamente algo de divino. De hecho, escribe D. Lys, «es la ruah de Yavé la que, según 1 Re 18, 12, lo mismo que su mano en el v. 46, la que toma al profeta... Pero 2 Re 2,9.15 habla del espíritu profético de Elías sin mencionar a la causa divina» (*Ruah, le souffle dans rAT*. PUF, París 1962, 35-36). Elías, como Eliseo, no tiene en sí más vitalidad que la que Dios le da, su soplo y su inspiración. Aquí se pone en relación con el hombre bajo la forma de soplo, mientras que en 1 Re 22, 21-25 se pone en relación con Dios bajo la forma de inspiración. En 2 Re 2, 16 se menciona explícitamente al espíritu del Señor; los profetas de Jericó confiesan que es él ciertamente el que ha hecho desaparecer a Elías (la misma manifestación de fuerza divina que en 1 Re 18,12; 18.46; etc...).

CONCLUSION

En estos textos, el espíritu se presenta como un elemento relacional, como una realidad dinámica. En Dios, es su fuerza de acción respecto al hombre. En la naturaleza (viento), es un elemento del que Dios se sirve en provecho del hombre. En el hombre, es su vitalidad, es decir su soplo, y lo que inspira su comportamiento. No le pertenece al hombre; sigue siendo precario y se le puede quitar al ser humano; lo ha recibido de Dios y no puede existir sin él. Crea un ambiente de vida, un espacio vital en el que el hombre, bajo su movimiento, puede obrar y dar testimonio de aquel que lo envía.

Gérard BLOCHAT

EL ESPIRITU DEL SEÑOR SOBRE EL REY

Is 11, 1-5

- 1 Del tocón de Jesé saldrá un renuevo,
un vástago brotará de sus raíces.
- 2 Sobre él descansará el espíritu del Señor,
espíritu de sabiduría y de inteligencia,
espíritu de consejo y de fuerza,
espíritu de conocimiento y de temor del Señor.
- 3 Su inspiración está en el temor del Señor.
Juzgará, pero no por las apariencias.
Se pronunciará, pero no de oídas.
- 4 Juzgará a los débiles con justicia,
dará una sentencia justa para los humildes del país.
Golpeará al país con la vara de su boca,
y con el aliento de sus labios hará morir al malvado.
- 5 La justicia será el cinturón de sus lomos
y la fidelidad, el cinturón de sus caderas.

CONTEXTO

Estos cinco versículos forman parte de un conjunto más amplio que comprende los nueve primeros versículos del c. 11. Con él acaba la primera parte principal del libro de Isaías; lo que sigue de este c. 11 y del c. 12 es posterior. Casi **todos** los textos de Is 2-11 pertenecen igualmente a la primera parte del ministerio del profeta. Esta primera parte está dominada por el problema de la guerra que emprendieron Damasco e Israel contra Judá para sustituir a la dinastía de David en el trono de Jerusalén (Is 7,1-17). Isaías interviene en nombre del Señor para recordar la promesa divina de proteger a la casa de David. El profeta cree en la validez de esta promesa y piensa que la dinastía de David sigue siendo válida para la salvación de Judá y de Israel.

Se discute sobre la época de formación de nuestro texto. Algunos autores piensan que un texto tan cargado de esperanza no puede menos de ser posterior al destierro. Otros observan que Isaías se vio decepcionado por los reyes que había conocido y que este texto, aunque proceda de él, alude a un rey futuro y fuera de lo común. Esta hipótesis choca con el hecho de que todos los textos de Isaías demuestran hasta qué punto el profeta estaba convencido del papel de la monarquía davídica. Además, nuestro texto no hace más que expresar, en el lenguaje típico de la ideología real, las esperanzas que el pueblo ponía en el rey y las funciones propias de su cargo. Por tanto, es más probable que el texto fuera compuesto por el profeta pensando precisamente en alguno de los reyes que conoció, Ezequías por ejemplo.

UN TEXTO MONARQUICO

En este texto impresiona ante todo el hecho de la mención de Jesé, el padre de David, que nos sitúa ya de antemano en un contexto monárquico. ¿Por qué remontarse tan lejos en las raíces de la monarquía, citando al padre del fundador de la dinastía? Simplemente, porque cualquier nuevo rey significaba un nuevo comienzo. La muerte del soberano se sentía realmente como una ruptura profunda y el advenimiento de su sucesor como un nuevo nacimiento. Por eso la coronación del rey era saludada como la apertura de una nueva era, llena de todas las esperanzas que el rey habría de satisfacer a lo largo de todo su reinado.

EL ESPIRITU y LA UNCIÓN DEL REY

El segundo motivo de extrañeza lo constituye la fuerte presencia del espíritu en nuestro texto. Se ha pensado muchas veces que el espíritu estaba ligado a la función profética; pero aquí lo encontramos dentro *del marco de la monarquía*.

Es verdad que en el Nuevo Testamento, y en JI 3, 1-5, se considera la profecía como un don del espíritu. Pero en el Antiguo Testamento, y más particularmente antes del destierro, el espíritu es algo propio del rey investido por medio de la unción. La unción expresa el lazo tan especial que vincula al rey con la divinidad y que le confiere el espíritu: «Samuel tomó el cuerno de aceite y le dio la unción en medio de sus hermanos, y el espíritu del Señor se derramó sobre David a partir de aquel día y estuvo con él en adelante» (1 Sm 16,13).

EL ESPIRITU Y LAS FUNCIONES DEL REY

La presencia del espíritu en este texto es tanto más normal cuanto que se trata de exponer las funciones reales, que se basan en las cualidades esenciales que el monarca posee gracias a la divinidad. El rey ha de poseer la sabiduría, que es el arte de tener éxito en las empresas, y ha de conducir a su pueblo hacia una vida feliz; debe también saber combatir para salvar a su

pueblo. Uno de los primeros deberes del soberano es practicar la verdadera justicia. Estas cualidades no obedecen a ninguna especie de automatismo que se desprenda de la función real, sino que el rey las recibe de Dios por la aceptación verdadera de su cargo, tal como subraya este texto en donde se evoca el espíritu de conocimiento y de temor del Señor.

EL ESPIRITU EN ACCION EN LA OBRA DEL REY

La segunda parte del poema (v. 3b-5) describe las consecuencias prácticas de todo lo que el rey ha recibido, la presencia en él del espíritu de Dios, subrayando más especialmente una de las funciones del monarca: hacer justicia. Ya el salmo 72 insistía ampliamente en este aspecto de la misión real. La justicia tiene la finalidad de reparar las equivocaciones y de darle a cada uno lo que se le debe. Para ello se necesita fuerza. De ahí la mención de la justicia y de la fidelidad como cinturón y ceñidor de las caderas y de los lomos *del rey*, que es *donde se asienta la fortaleza*. *El espíritu* no solamente da una función, sino también los medios para cumplirla. Los v. 6-9 que prolongan nuestro texto presentan, dentro de un registro paradisiaco, las consecuencias de una acción semejante: la paz y la armonía en todos los niveles.

CONCLUSION

Fuera de este texto esencial del libro de Isaías, encontramos otra mención del espíritu, en vinculación con la justicia, en 28, 6. El espíritu en relación con la prudencia política aparece en 19, 3.14 y en 30, 1. Pero en Isaías el espíritu sigue estando primordialmente ligado al rey como expresión de la presencia divina con vistas a la tarea de justicia y de prosperidad que tiene que desempeñar. En este sentido, está esencialmente vinculado a la esperanza que mantiene el profeta en la función real.

Jesús María **ASURMENDI**

EL SIERVO Y EL ESPIRITU EN EL SEGUNDO ISAIAS

Is 42, 1-7

- 1 Mirad a mi siervo, a quien sostengo; a mi elegido, a quien prefiero. He puesto sobre él mi **espíritu**; él presentará a las naciones el derecho.
- 2 No grita, no eleva el tono de su voz...
- 3 No quiebra la caña cascada, no apaga la mecha que humea; promueve fielmente el derecho.
- 4 No vacilará ni cederá hasta afianzar el derecho en la tierra; y las islas esperan su enseñanza.

He aquí uno de los innumerables textos célebres del Segundo Isaías, el profeta del destierro encargado de abrir los ojos de la esperanza al pueblo postrado e incrédulo de Israel. Aunque no se ha logrado aún el acuerdo total a propósito de la paternidad de los cuatro cánticos del siervo (Is 42,1-7; 49, 1-9; 50,4-11; 52, 13-53,12), es evidente que se integran perfectamente en el conjunto del libro actual.

No está clara la extensión de este primer cántico. Se pueden distinguir con claridad dos partes: 1-4 y 5-7; sin embargo, si su vinculación actual parece armoniosa, su origen podría ser muy diferente. El conjunto se presenta como un discurso del Señor.

En la primera parte se nos presenta a un personaje que recibe el título de «siervo» y de «elegido», atribuyéndosele una misión. Estos dos títulos aparecen igualmente en el Sal 89,4, atribuidos esta vez a David. La misión de este siervo está claramente definida (v. 1.3-4): tiene que implantar el derecho. Si se atiende a lo que se nos dice en el v. 7, vemos algunas precisiones sobre este derecho. No se trata de promulgar un código, aunque sea nuevo, sino simplemente de restablecer la justicia empezando por abrir los ojos de los

oprimidos. Es evidente que para los ciegos y para los que están en tinieblas, la justicia y el derecho que va a establecer este siervo no se pueden reducir a la casuística de los tribunales. Será preciso restablecer todos los aspectos de los derechos del hombre, incluso los que afectan a la conciencia más profunda del ser. Y esta obra se realizará en mansedumbre, dentro del respeto y de la convicción de que nunca habrá que perder las esperanzas.

¿Cómo será posible una obra semejante? Gracias al espíritu que el Señor le da al siervo para que lleve a cabo su misión. Los títulos de «siervo» y «elegido» nos sitúan ya en una perspectiva real. La misión de lograr que reine el derecho y el espíritu de Dios como instrumento designan a un personaje real, mesiánico.

La salvación y la esperanza toman cuerpo en la imagen de una figura real que realiza finalmente su misión. Tanto si el autor de este cántico piensa en Ciro, el rey persa que abrirá a los desterrados las puertas de la libertad, como si piensa en el pueblo mismo de Israel, tal como hace la traducción griega de los Setenta, siempre volvemos a encontrarnos con las imágenes de Is 11 (cf. p. 11).

EL ESPÍRITU y LA UNCIÓN

Is 61, 1-3

- 1 El espíritu del Señor está sobre mí,
porque el Señor me ha ungido,
me ha enviado a llevar la noticia a los pobres,
a vendar los corazones desgarrados,
a anunciar a los cautivos la liberación
y a los prisioneros la libertad,
- 2 a proclamar un año de gracia de parte del Señor
y un día de venganza para nuestro Dios,
para consolar a todos los afligidos, los afligidos de Sión;
- 3 para darles una corona en lugar de ceniza,
aceite de gozo en lugar de un traje de luto,
un manto de fiesta en lugar de un espíritu abatido.

SITUACION HISTORICA

Han pasado los años. El imperio babilonio ha desaparecido. Los anuncios del Segundo Isaías sobre la llegada del rey persa Ciro y sobre la libertad para los desterrados pertenecen ya al pasado. Un discípulo del profeta prosigue su trabajo, concretamente en el c. 61. Nos encontramos en Judea: han regresado ya algunos desterrados, pero la situación no es nada boyante. Las promesas del Segundo Isaías parecen estar muy lejos de la realidad. Reina el desánimo; y cunden también las infidelidades a la voluntad del Señor. Nuestro texto ofrece el programa de un enviado del Dios de Israel que va a dar paso a una era de prosperidad y de vida para su pueblo. Los versículos siguientes concretan más aún las perspectivas de renacimiento.

EL ENVIADO V SU MISION

Volvemos a encontrarnos con el espíritu y con una misión como en 42, 1-7. Pero aquí se añade un ele-

mento nuevo: la unción. La importancia de este hecho está en que la unción es fruto del espíritu: «El espíritu del Señor está sobre mí porque el Señor me ha ungido. La misión es, una vez más, algo propio del rey. Si no supiéramos la fecha de composición de este texto, pensaríamos inevitablemente en un personaje real que habla de la función que tiene encomendada por el Dios de Israel. Pero, después del destierro, ya no hay rey. ¿De quién habla entonces el profeta? Por esta época, el sumo sacerdote había heredado el rito de la unción y mantenía el poder político y religioso que le otorgaba el ocupante persa. El era el centro de la comunidad. ¿Habla el profeta del sumo sacerdote y de su misión dentro de la comunidad? Pudiera ser.

La mayor parte de los comentaristas identifican al ungido con el profeta mismo. La misión que presenta el texto no corresponde a la función clásica del profeta. Sin embargo, si el texto fuera efectivamente en este sentido, tendríamos entonces la sustitución del rey por el profeta. Este se atribuiría el rito característico de la realeza (la unción), sus consecuencias (el don del espíritu) y sus funciones: construir la felicidad, la justicia y la paz, ser un verdadero padre para su pueblo.

Sea lo que fuere, y la identificación del ungido con el profeta parece razonable, el espíritu sigue siendo el don que el Señor concede a los que tienen la misión de realizar la obra de justicia, de bienestar y de felicidad

para el pueblo oprimido. No es extraño que Lucas ponga este programa en labios de Jesús (Lc 4,16-21; cf. p. 29).

Jesús María ASURMENDI

6

LA REBELDIA CONTRA EL ESPIRITU SANTO

Is 63, 7-14

- 7 Vaya celebrar las gracias del Señor,
las alabanzas del Señor..
- 8 Porque dijo: «Ciertamente son mi pueblo,
hijos que no me engañarán».
y fue para ellos un salvador.
- 9 En todas sus angustias no fue un mensajero o un ángel,
él en persona fue quien los salvó.
En su amor y su piedad él los rescató,
se encargó de ellos y los llevó todos los días pasados.
- 10 Pero ellos se rebelaron contra él e irritaron su santo espíritu.
Entonces se hizo su enemigo y los atacó él mismo.
- 11 Pero se acordó de los días de antaño, de Moisés su siervo:
¿Dónde está el que los sacó del mar, el pastor de su rebaño?
¿Dónde está el que puso en medio de ellos su santo espíritu?
- 12 ¿El que acompañó a la diestra de Moisés con su glorioso brazo,
el que dividió las aguas delante de ellos...?
- 14 El espíritu del Señor los llevaba al descanso.

SITUACION y ORIGEN

El texto forma parte de una unidad que no está muy estructurarla y que se prolonga hasta el final del c. 64. Se trata de un género bastante común en el Antiguo Testamento: la lamentación. Lo encontramos no sólo en el libro de las Lamentaciones, sino también en el libro de los Salmos. Los v. 7-14 constituyen un elemento indispensable de este género: el recuerdo

de los acontecimientos pasados que justifican ante los ojos de Israel las esperanzas en una próxima intervención de Dios. La continuación del texto contiene un reconocimiento de los pecados cometidos y de las llamadas de Dios a la salvación.

Detrás de esta lamentación se vislumbra inevitablemente el desastre de la destrucción de Jerusalén. Pero es difícil situar con precisión el momento en que se compuso el texto. Por otra parte, es posible que el

profeta sea aqUI el portavoz de las lamentaciones del pueblo, ya que el texto tiene un caracter colectivo innegable

LOS TIEMPOS DE ANTAÑO

Partiendo del recuerdo de los sentimientos paternales y cannasos del Señor, el texto resume en unas cuantas frases la hIstona del pueblo con su Dlos Beneficlos rechazados, rebeldIa del pueblo, castigo infligido por el Señor para atraerse de nuevo al pueblo En las necesidades, el pueblo se acuerda Recuerda y revive los beneficlos de antaño Este recuerdo debe conducir inevitablemente al reconOCimiento de sus propios pecados (v 17-19a, 64,4b-6) El terreno esta preparado para que se manifieste la nueva obra de la salvaclon de Dlos

LAS MENCIONES DEL ESPIRITU

Los v 10 Y 11 hablan del «santo espíritu» Tan solo en otra ocaslon encontramos una menclon de esta expreslOn en el Antiguo Testamento (Sal 51, 13) El mento de esta formula radica en poner Juntos un atributo de DIOS, sobre todo en el libro de Isalas, y su esplntu Sin embargo, en contra de lo que podna haberse pensado, esta expreslon no Juega ningun papel teologlco particular Es una manera de hablar del origen divino de esta fuerza por la que el Señor se hace presente entre su pueblo El v 11 recuerda probablemente la escena de Nm 11, 24-30 en donde se nota cierto transito entre el espíritu que hay en MOises y el espíritu del Señor al final del texto Al hablar del «esplntu del Señor» en el v 14, se confirma que se trata simplemente de la aSistencia del Señor De todas formas, la expreslon esta a punto para recibir un contenido teologlco mucho mas denso a partir del Nuevo Testamento

Jesus **Maria ASURMENDI**

7

CORAZON y ESPIRITU NUEVOS EN EZEQUIEL

Ez 36, 23-27

23 Las naClones sabrán que yo soy el Señor -oraculo del Señor DIOS-, cuando haga brillar ante sus ojos mI santIdad en vosotros 24 Entonces yo os tomare de entre las naClones, os reumré de todos los países extranjeros y os conduClré de nuevo a vuestro suelo 25 Derramare sobre vosotros un agua pura y quedareIs pUrificados, os pUrificaré de todas vuestras SUCiedades y de todas vuestras manchas 26 Y os daré un corazón nuevo quitare de vuestra carne el corazón de pIedra y os dare un corazón de carne 27 Pondré **mi** espíritu en vosotros y hare que cammeIS según mIS leyes y que observéis y practIquéIs mIS preceptos

EL CONTEXTO

Este célebre texto forma parte de la segunda época del ministerio del profeta, cuando Israel estaba en el destierro. El desastre se ha abatido sobre Jerusalén; el pecado ha sido castigado. En estas circunstancias, resulta difícil mantener todavía las esperanzas. Ezequiel, que había anunciado de manera implacable el castigo que se había merecido el pueblo, se pone ahora a anunciar la esperanza. Es posible el porvenir, pero no a cualquier precio. El Dios de Israel seguirá ocupándose de su pueblo.

Nuestro texto forma parte de una unidad literaria más amplia, la que forman los v. 16-38; aunque se incluyan allí algunas añadiduras más tardías, este conjunto es ciertamente obra de Ezequiel. Se trata de una visión panorámica de la renovación que el profeta ofrece a su pueblo en nombre de su Dios. Después de una corta presentación de la historia del pueblo, destinada a subrayar hasta qué punto Israel tiene bien merecido el castigo del destierro, el profeta se vuelve decididamente hacia el porvenir: insiste en las razones de este cambio, en los medios que van a ponerse por obra y en las consecuencias que se seguirán. Dios va a actuar por causa de su nombre que ha sido profanado e insultado entre los pueblos a los que ha sido desterrado Israel. El texto que nos ocupa se detiene más especialmente en los medios y consecuencias de este renacimiento.

EL RENACIMIENTO DE ISRAEL

Los medios son particularmente radicales: se trata de cambiar simplemente el corazón y el espíritu del pueblo. Nos encontramos lógicamente con una imagen adaptada a la mentalidad de la época: el corazón era la sede de la inteligencia, una inteligencia que permite no solamente saber, sino convivir. En efecto, conocer quiere decir «nacer con». Por otra parte, no

hemos de creer que el corazón y el espíritu sean dos entidades diferentes. Se trata, sobre todo en esta frase, de un paralelismo para decir la misma cosa: Israel va a ser re-hecho. Porque el profeta, como Jeremías, ha llegado a la conclusión de que para que Israel pueda vivir en relación con su Dios, tiene que rehacerse. Se impone una nueva creación. De lo contrario, volvería a caer en los mismos errores. Este ofrecimiento de un corazón nuevo y de un espíritu nuevo es el fruto de la experiencia del pecado de Israel y la condición *sine qua non* para que Israel tenga un porvenir.

En el texto se habla ante todo de **un** espíritu nuevo y luego el Señor, por labios de su profeta, anuncia el don de ((mi)) espíritu. Para que sea posible la relación, para que pueda situarse en el nivel querido por Dios, éste llega hasta el fondo de su generosidad y ofrece compartir con el pueblo su mismo espíritu. De este modo, la intimidad de Dios con su pueblo se muestra prometida hasta un grado inesperado.

De forma paralela, conviene señalar que la promesa del profeta relativa al renacimiento de Israel, con el don de un corazón y de un espíritu nuevos, va rodeada de un revestimiento cultural muy importante, que toma la forma de una especie de purificación litúrgica. En efecto, se hace mención de una purificación de agua pura. Se muestra aquí muy clara la personalidad del sacerdote Ezequiel convertido en profeta. Proyecta las esperanzas del pueblo en sus categorías de sacerdote. Israel ha pecado, está impuro; por tanto, tiene que ser purificado mediante una aspersion de agua pura. Pero en cuanto profeta y portavoz del Señor, Ezequiel se da perfectamente cuenta de que el culto es ampliamente insuficiente. Se necesita algo muy distinto del culto: una intervención directa y particular del Señor, el don del espíritu, de su espíritu: la renovación total de Israel. Se comprende entonces hasta qué punto este texto de Ezequiel pudo estar presente en el diálogo de Jesús con Nicodemo (Jn 3, 5s; cf. p. 35).

Jesús María **ASURMENDI**

LOS HUESOS SECOS Y EL ESPIRITU

Ez 37, 1-14

1 La mano del Señor se posó en mí, me llevó por el espíritu del Señor, y me dejó en medio del valle, un valle lleno de huesos. 2 Me lo hizo recorrer, por entre medio de ellos, en todos los sentidos. Pues bien, los huesos eran muy numerosos en el suelo del valle, y estaban completamente secos. 3 Me dijo: «Hijo de hombre, ¿vivirán esos huesos?». Dije: «Señor Dios, tú lo sabes». 4 Me dijo: «Profetiza sobre esos huesos. Les dirás: Huesos secos, escuchad la palabra del Señor. 5 Así habla el Señor Dios a esos huesos: He aquí que yo voy a hacer entrar en vosotros el espíritu y viviréis. 6 Pondré sobre vosotros nervios, haré brotar sobre vosotros carne, extenderé sobre vosotros piel, os daré un espíritu y viviréis; y sabréis que yo soy el Señor».

7 Profeticé tal como se me había ordenado. Y se produjo un ruido en el momento en que profetizaba; hubo un estremecimiento y los huesos se acercaron unos a otros. 8 Miré: estaban recubiertos de nervios, la carne había salido y la piel se había extendido por encima, pero no había espíritu en ellos. 9 Me dijo: «Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre. Dirás al espíritu: Así habla el Señor Dios. Espíritu, ven de los cuatro vientos, sopla sobre estos muertos y que vivan». 10 Profeticé como se me había ordenado y el espíritu vino a ellos, recobraron vida y se irguieron sobre sus pies: un ejército grande, mmenso...

14 «Yo pondré mi espíritu en vosotros y viviréis, y os instalaré en vuestro suelo y sabréis que yo, el Señor, he hablado y que actuó, oráculo del Señor».

Estamos en el mismo marco histórico que en el texto anterior. Como suele ocurrir en Ezequiel, los dos oráculos pronunciados (1-10 y 11-14) se presentan como la respuesta a una reflexión del pueblo que muestra toda la amplitud de su desesperación: «Nuestros huesos se han secado, nuestra esperanza ha desaparecido, estamos despedazados») (v. 11). Esta cita de los pensamientos que perturban al pueblo desterrado de Israel le ofrece al profeta el punto de partida

de las imágenes utilizadas en sus oráculos: unos huesos resecos que van a revivir y unas tumbas que se abren para dar paso a unos muertos que resucitan.

- Lo que impresiona en este texto es la presencia masiva de la palabra *ruah*. Esta palabra hebrea es muy rica. Puede significar simplemente el viento (cf. Ez 1,4; 13,13 Y 37, 9). En nuestro texto, en la primera imagen de los huesos secos, ocupa un lugar importante. For-

ma parte ante todo del anuncio global que el Señor hace a su profeta y que éste tiene que transmitir a los huesos: pondrá en ellos un aliento para que vivan. A continuación, se detallará esta operación mencionando los nervios, la carne, la piel. Pero para llegar a la constatación del v.8, de que, mientras no haya aliento, no hay vida. En consecuencia, la continuación del oráculo se dedicará a ordenar que venga este aliento y que entre en los huesos para que éstos vivan. Al final del v. 10, esto es ya cosa hecha. En todas estas menciones del aliento-soplo-espíritu (v. 5.6.8.9.10) nos las tenemos que ver con el soplo-espíritu de vida que se le dio al hombre y por el que se cree que éste vive. Espontáneamente vienen a nuestro recuerdo otros textos célebres: «Sopló en sus narices el aliento de vida y el hombre se convirtió en un ser vivo») (Gn 2, 7).

- La cima del mensaje del profeta se encuentra en el v. 14, al final de la segunda imagen, la de los sepulcros. En efecto, todo este inmenso ejército que ha recobrado vida volverá a su suelo, a su país, y ellos recibirán «mi espíritu»), dice el Señor. La comunión perfecta con su Dios será posible en adelante. Ellos tendrán un mismo espíritu.

- En este texto tan rico hay además otra presencia del espíritu. Al comienzo del relato, en el v. 1, el profeta es conducido por el espíritu del Señor. La expresión es paralela a la precedente «la mano del Señor se posó en mí»). Estas dos expresiones sirven para manifestar la presencia de Dios que actúa y habla por medio de su profeta. Conviene advertir que el espíritu aparece raras veces vinculado con el ministerio profético en el Antiguo Testamento. Es en Ezequiel, y más tarde en Joel (cf. p. 43), donde están ligados el profeta y el espíritu.

- Una última acepción del término indica el espíritu como sede del conocimiento y de la voluntad del hombre, en paralelismo con el corazón. No encontramos esta acepción en Ez 37, pero formaba el núcleo central de Ez 36. Los dos textos sin embargo se unen en la promesa de «mi espíritu», mostrando así hasta qué punto el mensaje del profeta señala lo esencial en ambos textos.

Jesús María **ASURMENDI**

9

EL ESPIRITU y LA SABIDURIA

Sab 7, 22-8, 1

22 Hay en la Sabiduría un espíritu *inteligente*, santo, único, múltiple, *sutil*, móvil, penetrante, sin mancha, claro, impasible, amigo del bien, pronto,
23 irresistible, benéfico, amigo de los hombres, firme, seguro, sereno, todopoderoso, que lo vigila todo, que penetra a través de todos los espíritus, los *inteligentes*, los puros, los más *sutiles*.

- 24 Pues más que todo movimiento, la Sabiduría es móvil;
lo atraviesa y lo penetra todo debido a su pureza.
- 25 En efecto, es un efluvio del poder de Dios,
una emanación purísima de la gloria del omnipotente;
por eso nada sucio se introduce en ella.
- 26 Pues es un reflejo de la luz eterna,
un espejo sin mancha de la actividad de Dios,
una imagen de su bondad.
- 27 Aunque sea sola, lo puede todo;
permaneciendo en sí misma, renueva el universo;
y de edad en edad, entrando en las almas santas,
las hace amigos de Dios y profetas.
- 28 Porque Dios no ama más que al que habita con la Sabiduría...
- 8,1 Ella se extiende con fuerza desde un confin al otro
y gobierna al universo con acierto.

CONTEXTO Y ESTRUCTURA

Se trata de un texto central en el libro de la Sabiduría de Salomón, escrito en griego en el siglo I a. C. El autor lo ha dicho en 6, 22: «Anunciaré lo que es la Sabiduría y cómo tuvo nacimiento... Seguiré sus huellas desde el origen». En efecto, según las reglas del género literario griego del elogio, exaltar a la Sabiduría exige esencialmente que se explique su naturaleza, su origen y sus acciones. A ello está consagrado Sab 7, 22-8, 1. Sin embargo, este elogio de la Sabiduría se inscribe en una evocación de Salomón, recordando cómo optó este rey por ella (7, 1-21), cómo la deseó lo mismo que desea un hombre a su esposa (8,2-21), Y cómo se la pidió a Dios, el único que puede concederla (9,1-18). Mostrar cómo Salomón o el sabio en cuanto tal recibe la Sabiduría, mediante la oración y por un amor preferencial, señalar también todo lo que la Sabiduría trae consigo en provecho de quien la acoge, todo esto no toca más que indirectamente al elogio propiamente dicho de la Sabiduría.

Para hablar de su naturaleza, el autor la compara con el espíritu que la habita (7, 22-23). Este pasaje, que es el que aquí nos interesa, recoge 21 atributos de este

espíritu; para esta especie de letanía, el autor pudo inspirarse en la descripción del bien en 29 epítetos, dispuestos en 9 versos, del estoico *Cicantes* (texto en Clemente de Alejandría, *Protréptico*, 72, 2); además, el pasaje queda delimitado literariamente por la repetición en inclusión de los términos **espíritu**, **inteligente** y **sutil**. En una palabra, concluye el autor, la Sabiduría es pureza absoluta y movilidad perfecta, de forma que lo penetra todo. En otras palabras, lo que se dice del espíritu que hay en la Sabiduría (7, 22-23) se dice también de la Sabiduría misma (7, 24) y, además, la naturaleza de la Sabiduría explica su acción.

A continuación, con palabras que intentan con mayor o menor éxito elevarse de las concepciones materiales y físicas, sin lograr no obstante llegar a los conceptos puramente metafísicos, el autor procura hacer comprender cómo la Sabiduría se encuentra en total dependencia de Dios al que manifiesta: ella no es Dios, sino que existe sólo gracias a él (7,25-26) Ese es su origen.

Finalmente, su acción es doble: en primer lugar, pertenece al orden cósmico: la Sabiduría anima, gobierna y renueva el universo, sin perderse ni eclipsarse en él; su acción consiste además en formar, consti-

tuir, de una forma más privilegiada, a los amigos de Dios ya los profetas (7, 27-8,1).

EL ESPIRITU QUE HAY EN LA SABIDURIA

(Sab 7, 22-23)

El autor le otorga 21 atributos; esta cifra es el resultado de la multiplicación de las dos cifras perfectas 3 por 7. El orden interno de la serie se nos escapa en parte' tras una serie de cinco binomios, donde las palabras breves alternan con otras de cuatro sílabas, los once últimos atributos se organizan de una forma más suelta.

Los dos primeros atributos se derivan, uno, de la filosofía estoica (inteligente) y el otro, de la biblia (santo); los dos sitúan al espíritu en el terreno que trasciende al universo material. El segundo binomio marca un contraste: el espíritu es único, pero su esencia es susceptible de múltiples virtualidades en las que su actividad es multiforme. Después de estos atributos que atañen a la naturaleza del espíritu, se pasa a las propiedades que hacen su acción eficaz y pura en el más alto grado; hasta ahora, el autor da a entender que el espíritu no está sometido al orden material, sino que por el contrario .10 penetra sin sufrir de él ningún menoscabo. A partir del undécimo atributo, el central (amigo del bien), vienen las cualidades propias del espíritu en su gobierno del mundo: en primer lugar, la bondad de su intención y de su acción, una bondad espontánea a la que nada es capaz de poner trabas; luego, la constancia o la serenidad de su acción; finalmente, para concluir la serie, el hecho de

que el espíritu goza de un poder y de un saber ilimitados.

Este texto, totalmente preocupado del espíritu, encuentra sin embargo su punto de partida en la figura de la Sabiduría personificada; es ella, más que el espíritu, lo que interesa al autor. Sin embargo, identifica varias veces a la Sabiduría con el espíritu (1,4-5.6-7; 9, 17); si lo observamos bien, esta identificación es nueva en la biblia. Por el contrario, a Josué (Ot 34, 9) o al vástago de Jesé (Is 11,2) Dios les concede un espíritu de sabiduría, un espíritu que es sabio, podríamos decir, a fin de que gobiernen con éxito. Aquí, la atención se dirige más bien a la Sabiduría que al espíritu; ciertamente, Salomón tiene que reinar, pero el espíritu de sabiduría que solicita se pone en paralelismo con la inteligencia (7, 7), mientras que en Sab 7, 22 el espíritu impregna a la Sabiduría. Pr.ov 1, 23 es el único texto anterior a Sab en donde se dice que la Sabiduría posee el espíritu, en donde ella se declara dispuesta a desbordarse sobre los que la acogen. Lo que impulsó al autor de Sab a desarrollar esta línea de reflexión fue, al parecer, la filosofía estoica, que atribuía al espíritu un papel de animador del cosmos, papel que nuestro autor aplica a la Sabiduría (7, 24; 8, 1) así como al espíritu (1, 7; 7, 22), aunque eliminando toda idea panteísta de la que el estoicismo no consiguió librarse del todo.

La Sabiduría se presenta desde entonces como esencialmente espiritual. Sin perder nada de la idea de trascendencia, el autor de Sab desarrolla la de inmanencia. La Sabiduría es esta presencia activa de Dios en el mundo y especialmente en las almas santas.

Maurice GILBERT

ESPIRITU y RUAH EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

¿Cómo ha encontrado la biblia las palabras que le permiten evocar las realidades divinas, invisibles e inefables? La revelación del ser y de la acción del Espíritu Santo no es más que un ejemplo entre otros de la manera con que los autores bíblicos han expresado la presencia de DIOS en su creación a partir de unas palabras muy simples. Como todo lenguaje, es a partir de la experiencia cotidiana y luego de la experiencia histórica como estas palabras se vieron cargadas de una experiencia muy distinta en donde se manifestaba el don del creador a su naturaleza. Cuando se acaba la biblia con el testimonio de los escritos de los santos, está ya constituido un lenguaje teológico al que la Iglesia se referirá siempre para expresar la acción de DIOS de la que vive.

EL ESPIRITU y EL SOPLO

¿Qué es lo que significa en el cuarto evangelio el término del *Espíritu Santo* (*pneuma hagion*) que también emplean, aunque con menor frecuencia, Pablo y los Hechos? En Jn 3, 6-8, en la conversación de Jesús con Nicodemo, nos pone él mismo sobre la pista: «Lo que ha nacido del Espíritu (*pneuma*) es espíritu. El viento (*pneuma*) sopla por donde quiere, oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Así ocurre con todo el que ha nacido del *pneuma*». El evangelista utiliza adrede la misma palabra para el viento que sopla y para el Espíritu.

De aquí se ha deducido con frecuencia que el soplo era la Imagen maternal por la que la biblia habla del Espíritu Santo. Realmente, en los Hechos, por ejemplo, se comen 7a con «un ruido como el de un viento violento» (Hch 2, 2). Pero luego va no se habla de él, y por otra parte no se trata de un soplo, sino de un ruido. Por tanto, la biblia ha recurrido a más de una Imagen para hablar del Espíritu Santo. Este juego de imágenes, escogidas siempre con precisión, es el que hemos de seguir. Si queremos abrirnos a la doctrina bíblica del Espíritu Santo.

Se sabe que el Nuevo Testamento ha sacado su vocabulario teológico de la traducción griega del Antiguo, los Seten-

ta. Allí es donde leemos la expresión «Espíritu Santo» (*to pneuma to hagion*), en el salmo 51 (50), 13, «Miserere», así como en Is 63, 10-11.

SOPLO O ATMÓSFERA

Este *pneuma* griego traduce la palabra hebrea *ruah*. Pues bien, este término quiere decir algo más que «soplo». Los especialistas en lenguas semíticas han buscado para esta palabra una raíz que significa «soplan», no han podido encontrar este sentido más que en algunas raras formas verbales, en árabe o en etiópico, pero que dependen precisamente de la biblia. De hecho, la raíz del término *ruah* significa el espacio, la distancia (Gn 32, 17), incluso el vacío. De esta raíz proceden dos nombres: uno que es el espacio perfumado, el olor, el *reah*, el otro es el espacio neutro, invisible, impalpable, la atmósfera exterior al hombre, o la *ruah*. El *soplo*, la respiración por la que el hombre participa de ese espacio vital, no es la *ruah*, sino la *nefesh* (por la garganta) o la *nešama* (por la nariz, más cerebral, Gn 2, 7). En el Sal 104, 30, el salmista le dice a DIOS: «Tú envías tu *ruah*, ellos son creados y tú renuevas la faz de la tierra». Ya en un texto de Ugarit del Siglo XIV a C (la leyenda de Aqhat) se decía del héroe muerto que «su *nefesh* había salido de él como la *ruah*». Los hombres y los animales son «soplos de Vida» necesitan de la *ruah* para respirar y vivir. El Señor la puede quitar (Gn 6, 3, Sal 104, 29), y entonces el hombre muere.

Pero esta atmósfera es un elemento muy extraño en varios aspectos. Puede ser tranquila, ligera o violenta, azulada o sombría y envuelta en nubarrones. Los babilonios distinguían así entre el viento violento y terrible (*sharu*) y la brisa ligera y refrescante del norte (*zaququ*). Las personalizaban y a veces las divinizaban, ya que toda fuerza de Vida era un dios. Los israelitas distinguieron entre la *ruah* silenciosa que roza la piel (Job 4, 15) y la *ruah* violenta que «parte las montañas y destroza las rocas» (1 Re 19, 11). La *ruah* ligera será a veces un «espíritu», como el *zaququ*. El viento puede ser un viento del este que agosta los campos y trae los saltamontes.

tes del desierto (Ex 10, 13), o el Viento fresco del oeste que viene del mar y los expulsa (Ex 10,19) De aquí vendran las Imagenes bíblicas de la *ruah* como soplo o viento

ESPACIO VITAL Y VIDA HUMANA

Pero la *ruah* sigue siendo ese espacio vital que DIOS posee (Gn 6, 3) Y del que participa el hombre mientras vive En relación con este elemento vital es también como se expresa su modo de vida, su temperamento Cuando le falta espacio vital, el hombre es «corto de *ruah*», es decir, Impaciente e Irascible (Prov 14, 29), del mismo modo, el orgulloso es «alto de *ruah*», mientras que el humilde es «bajo de *ruah*» (Prov 29, 33) El que tiene tiempo por delante es «largo de *ruah*» (Ec! 7, 8), mientras que el angustiado es «estrecho de *ruah*» Uob 7, 11) Uno es «duro de *ruah*» cuando no le ImpresIONan las palabras que oye (1 Sm 1, 15, Dt 2,30), «amargo de *ruah*» cuando el ambiente familiar le resulta mgravato (Gn 25, 35), «frío de *ruah*» cuando no participa de una excitación colectiva (Prov 17, 27) Fmalmente, uno puede verse «apagado, roto, pulverizado de *ruah*» en caso de depresIÓN, o bien «lleno de *ruah*», en caso contrario (Miq 3, 8, Dt 34, 9) La mayor parte de estas expresIONES son difiCiles de explicar Si la *ruah* no es más que un soplo, pero se explican bien Si se trata de un ambiente de vida, de una atmósfera y de la manera con que se participa de ella

Este ambiente vital, fuerza de una vida muy especial, podía ser divinizada en el politeísmo Entre los cananeos de Ugarit, pertenecía a Baal, en la biblia, le pertenece al Señor DIOS, tanto cuando Juzga (Gn 3, 8) como cuando hace vivir o morir (Gn 6, 3) Dispone de ella y puede darsela a los demas En algunos textos antiguos se dice de ciertos Jueces, como Sansón, el hombre de fuerza sobrehumana Uue 14,619), Y de algunos reyes como Saul (1 Sm 10,6,11,6) y David (1 Sm 16, 13) que, cuando fueron ungidos, la *ruah* «penetra sobre» ellos entonces lo mismo que el aceite que robustece al cuerpo Pero la biblia prefiere de ordinario otros verbos o expresIONES que marcan mejor el carácter exterior de la *ruah* «Reviste» a Gedeón Uue 6, 34) Más comúnmente se dice, con pudor, que la *ruah* «esta sobre» aquel que el Señor Impregna con su fuerza para salvar y gobernar al pueblo OtOnel Uue 3, 10), Jefe Uue 11,29) o «el vástago de Jese»

(Is 11, 1) La Imagen más material, en un texto que por otra parte es muy «espiritual», es la que habla de que DIOS toma de la *ruah* que había «sobre» MOISÉS para ponerla «sobre» los 70 ancianos, llamados a compartir con él la carga del pueblo de DIOS (Nm 11, 25) En este pasaje de tipo profético podemos ya traducir *ruah* por «espíritu»

DIFERENTES SENTIDOS DE LA PALABRA

Vemos pues cómo, aunque conserva la misma palabra para designar la fuerza vital de que depende el hombre, la biblia le da diversos sentidos

1 Es la **fuerza vital** excepcional que el DIOS nacional le da al jefe que ha escogido para salvar a su pueblo, y especialmente al «ungido del Señor», al vástago de Jesé, nuevo David, no solamente «reposa sobre él» el espíritu, como don permanente y no transitorio como para Saul (1 Sm 16, 14), sino que «hace respirar» en torno a él ese espíritu que inspira el temor de DIOS (Is 11, 1-3)

2 La palabra toma un sentido **psicológico**, sobre todo bajo la influencia de la corriente sapiencial Hemos visto varios ejemplos A menudo la *ruah* del hombre no es más que su modo de participar en el ambiente vital que le rodea Pero se hablará también de la *ruah* propia del hombre Cuando se le da a Saul el espíritu de DIOS, en 1 Sm 10, se dice solamente que se convierte en «otro» hombre, con «otro» corazón (v 6 y 9) Mientras que en Ez 36, 26s, cuando DIOS pone su *ruah*, su Espíritu en el hombre, éste adquiere un corazón nuevo y una nueva *ruah* (cf también Ez 11, 19, 18,31) DIOS es el «DIOS de los espíritus de toda carne» (Nm 16, 22)

3 A partir del sentido de atmósfera, el término toma un sentido muy **físico** para designar el viento brisa, vendaval que destruye o aire ardiente del desierto Uob 1, 19, Jr 4, 11-13) El Sal 104, después de evocar de forma más o menos mítica a DIOS cabalgando «sobre las alas del Viento», menciona la continuación (pasando del singular al plural) que los vientos son mensajeros, ángeles de DIOS (Sal 104, 3-4)

4 El término toma incluso un sentido **cósmico** cuando se habla de las cuatro *ruah* del mundo, que son los cuatro puntos cardinales (Ez 37, 9, I Cr 9,24) expresión de origen babilónico

5 Fmalmente, se precisa un sentido **teológico**. Si hay un

Espíntu del Señor, hay además otros espíntus en el mundo. Pertenecen a la corte dlvma (1 Re 22, 21) Y pueden dañar al hombre, así, el Satanás del prólogo de Job o el espíntu malo que viene sobre Saul después de habersele dado a David el Espíntu del Señor (1 Sm 16, 14)

EZEQUIEL Y LA TEOLOGIA DEL ESPIRITU

Ezequiel juega con todos estos sentidos. El será el gran profeta del Espíntu. Antes de él, los profetas eran los hombres de la palabra, y ninguna vocación de profeta había tenido lugar bajo el movimiento del Espíntu. Miqueas, que fue el profeta del rey Ezequías y participó en su reforma (Jr 26, 28), participó también de su espíntu de Justicia y de aliento, para anunciar a Israel sus fechorías (Miq 3, 8). Después de la desaparición de la realeza, Ezequiel será el profeta del Espíntu, que «cae» sobre él, «viene» a él, lo «lleva», lo «transporta». En nombre del DIOS de Israel, ordenará al Espíntu (*ruah*), venido de los cuatro puntos cardinales (*ruhot*, plural de *ruah*), que restaure al pueblo haciendo revivir los huesos secos (37). No lo llama todavía Espíntu Santo, como tampoco llama santo al nuevo pueblo de DIOS (Ez 40-48). Pero así es como lo llamará el Salmo 51, que le debe mucho a Ezequiel. Más todavía vemos esto en los c. 56-66 del libro de Isaías, cuando comienzan a regresar los repatriados (Is 56, 8). El ángel que acompañaba al pueblo hebreo por el desierto (Ex 23, 20, 32, 34, 33, 2) es llamado Espíntu Santo en Is 63, 10. El quiso conducir al pueblo a su descanso (v. 14). El Espíntu es llamado santo, como DIOS es santo (Is 6, 1). Y como debe ser santo el pueblo (Dt 7, 6, cf Lv 17-26).

Pero, en Ezequiel, ese Espíntu sigue siendo el que anima al Universo en todos sus niveles. En su célebre visión del c. 1, describe las ruedas o esferas cósmicas que van y vienen en sentido recto ante ellas, por las cuatro direcciones del Cielo. No son pura matena, ya que están animadas por la *ruah* (1, 20s). Llevan encima una bóveda resplandeciente, el «firmamento», donde se sienta el trono del Señor «en forma de hombre», mientras que las ruedas cósmicas estaban asociadas a figuras animales.

EL ESPIRITU DE DIOS EN LA CREACION

Tomando en cuenta esta lenta maduración de la revela-

ción bíblica, es como podemos comprender el lugar que ocupa el Espíntu de DIOS en la gran historia de la salvación de la tradición sacerdotal que comienza en Gn 1. Esta tradición describe las instituciones del pueblo de DIOS (la alianza con Abraham en Gn 17) en medio de los demás pueblos (alianza con Noé en Gn 9). El pueblo no será consagrado más que cuando llegue al Sinaí (Ex 19, 6), cuando sea renovada la alianza hecha con Abraham, y esto mediante el don de un santuario (Ex 25-30, 35-40), con un clero consagrado. Pero el Espíntu no está en Aarón, el antepasado de los sacerdotes, sino «en Josué», que «está lleno del Espíntu de Sabiduría» (Dt 34, 9), ya que le ha impuesto las manos Moisés (Nm 27, 18). Lo mismo que el Espíntu había asalado a la humanidad en Noé, haciendo bajar las aguas del diluvio (Gn 8, 1), está también presente en su santuario gracias al «espíntu de sabiduría» que se le dio a Bezaleel, arquitecto (Ex 31, 2), y en el país gracias a Josué, el conquistador. Pero, como en Ezequiel, nunca se le llama a este Espíntu el Espíntu Santo.

Como se abre la gran obra de DIOS, creadora y redentora, Gn 1, 2 nos da ya una panorámica de lo que es el Espíntu en la revelación bíblica. Este versículo es la traducción de una larga historia. Sigue estando cargado de lo que evocaba la atmósfera antes de que comenzara esta revelación: «La tierra estaba desierta y vacía, las tinieblas cubrían el abismo y el Espíntu de DIOS planeaba por encima de las aguas», lo mismo que planea un pájaro, móvil, antes de echarse sobre su presa (cf los textos de Ugart). Sobre todo no hay que traducir «una ruah de DIOS» por un «viento violento», ya que un viento violento no planea nunca. Sobre esta tierra vacía, sobre este abismo de agua, informe y tenebroso, el Espíntu de DIOS no ha comenzado todavía su obra de vida. Será preciso que, lo mismo que Shu, el dios de la atmósfera en Egipto, venga a interponerse entre el Cielo y la tierra, entre las aguas de arriba (las que se desbordarán en el diluvio) y las aguas de abajo, para que aparezca la atmósfera, para que los hombres y los animales puedan respirar y convertirse en «soplos de vida». Por la voluntad del DIOS de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Espíntu comenzará su obra, antes de ser enviado más tarde a «renovar la faz de la tierra» (Sal 104, 30).

Henri CAZELLES

NUEVO TESTAMENTO

10

EL ESPIRITU SANTO CONTRA SATANAS

Me 1,9-13

9 Y ocurrió que en aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea, y fue bautizado en el Jordán por Juan.

10 y a continuación, al salir del agua, vio desgarrarse los cielos y al Espíritu bajar como una paloma hasta él.

11 Y vino una voz del cielo: «Tú eres mi Hijo amado, en quien me he complacido».

12 Y luego el Espíritu lo empujó hacia el desierto.

13 y estuvo en el desierto 40 días, tentado por Satanás. Y estaba con las fieras salvajes. Y los ángeles le servían.

En el evangelio de Marcos, Jesús entra en escena por su bautismo en el Jordán. Hasta entonces, el lector no sabe mucho de él. Le han enseñado que Jesús es *Cristo, Hijo de Dios*, tal como lo anuncia la primera

frase del libro (Me 1, 1l. Sabe además, por el testimonio de Juan bautista, que Jesús «bautizará con el Espíritu Santo») (1, 8l. El héroe del evangelio ha sido brevemente presentado, pero todavía no se le ha visto en

acción. Su primera manifestación va a revelar ciertamente cosas importantes sobre él.

La presencia de Jesús en el relato tiene lugar en el Jordán (v. 9) y en el desierto (v. 12), los dos sitios en que predicaba Juan bautista (1,4-5); la identidad de los lugares establece una continuidad entre los dos personajes: Juan es ciertamente el precursor de Jesús. Pero mientras que, para el bautista, estaban mezclados el desierto y el Jordán, para Jesús se trata de dos etapas sucesivas de su itinerario: la escena del bautismo en el Jordán precede a la de la tentación en el desierto, respondiéndose la una a la otra como los dos cuadros de un díptico.

Jesús pasa por el agua para dirigirse al desierto, de la misma forma que el pueblo hebreo había atravesado el mar al salir de Egipto, antes de vivir 40 años de prueba en el Sinaí; es como el nuevo Israel que vive un nuevo éxodo; asume el itinerario por donde el pueblo elegido había pasado de la esclavitud a la libertad.

Como vemos, muchos de los elementos del relato son simbólicos, y son también múltiples las reminiscencias del Antiguo Testamento. Para cada una de las dos partes del relato conviene medir el alcance de la palabras o de las frases más importantes para que el texto adquiera todo su sentido.

EN EL JORDAN (v. 9-11)

Jesús... fue bautizado (v. 9)

En la antigüedad, el bautismo se administraba por inmersión. Ser bautizado era bajar al agua lo mismo que se baja en la muerte. En la segunda parte del evangelio de Marcos, Jesús utiliza en su camino hacia la pasión la imagen del bautismo para preguntar a Santiago y a Juan si están dispuestos a morir con él: «¿Podéis beber el cáliz que yo voy a beber, recibir el bautismo en el que voy a sumergirme?» (10,38). Bautizado por Juan en el Jordán, Jesús es designado ya con claridad como aquel que tendrá que pasar por la muerte.

Jesús vio desgarrarse los cielos (v. 10)

La perturbación cósmica que se produjo en el bautismo de Jesús sólo fue percibida por él, según el evangelio de Marcos. Los otros evangelistas, especialmente Mateo y Lucas, le dan a este acontecimiento una publicidad mayor. Este desgarramiento anuncia otro que se producirá en el silencio del santuario de Jerusalén, en el momento del otro bautismo en el que Jesús exhalará su último suspiro: la cortina del templo, desgarrada en dos de arriba abajo (Mc 15,38). El acontecimiento Jesús transforma el orden del mundo; su muerte abolirá el culto israelita simbolizado por el templo. Desde ahora, su misión inaugura los tiempos nuevos y hace eco a la plegaria de Is 63,19: «¡Ah, si rasgases el cielo y bajases!».

Jesús vio... al Espíritu bajar como una paloma hasta él (v. 10)

En la última parte del libro de Isaías se lee una hermosa oración en la que Israel pide el auxilio divino, recordándole a Dios lo que **había hecho** por medio de Moisés en tiempos del éxodo:

«¿Dónde está el que los salvó del mar, el pastor de su rebaño? ¿Dónde está el que ponía en medio de ellos su espíritu santo?» (Is 63, 11; cf. p. 15).

Marcos no cita directamente este texto. La presentación que hace de Jesús, pastor del rebaño, que recibe el Espíritu en el momento de salir del agua a la orilla del Jordán, merece relacionarse sin embargo con el mensaje del profeta. Sugiere por medio de alusiones que Jesús es el nuevo Moisés, encargado de conducir al pueblo al final de su viaje. Dice que con Jesús ha llegado ya el tiempo de la intervención definitiva de Dios en favor de los hombres.

ccTú eres mi Hijo amado, en quien me he complacido) (v. 11)

En el libro del profeta Oseas, todo el pueblo de Israel es llamado «Hijo mío» por Dios (Os 11, 1). «Hijo mío» es también uno de los nombres que Dios le da al

mesías, nuevo David, que habrá de gobernar al pueblo con Justicia y hará que reine la paz (2 Sm 7, 14; Sa12, 7). La expresión «Hija amado», más completa, sugiere sin embargo otra relación con el Antiguo Testamento' el texto tan hermoso del sacrificio de Isaac en el libro

del Génesis, cuando Dios le dice a Abrahán: «Toma a tu hija querido, a quien tanto amas, Isaac» (Gn 22, 2, griego). El hijo querido de Abrahán fue por algún tiempo la víctima designada de un sacrificio sangriento; pero se libró de la muerte y en su persona se realizó el

«COMO UNA PALOMA»

Los cuadros que representan el bautismo de Jesús nos tienen acostumbrados al dibujo de un ave blanca que baja del cielo en el mismo instante en que Jesús sube de agua en que acaba de sumergirle el bautista. El texto de Marcos nos invita a tomar ciertas distancias respecto a esta representación. En primer lugar, dice que «Jesús vio... al Espíritu bajar como una paloma hasta él», pero no que todos los asistentes fueran testigos de semejante manifestación. El texto dice además «como una paloma», utilizando una fórmula comparativa frecuente en los textos apocalípticos, cuando el autor se esfuerza en describir lo que es propiamente indescriptible, la comparación con un ave no pasa de ser una semejanza.

Pero ¿por qué una paloma? Hace mucho tiempo que los cristianos se han planteado esta cuestión sin llegar a darle una respuesta unánime. He aquí siete de las hipótesis más habituales, su mismo número ilustra el hecho de que ninguna es plenamente satisfactoria y que quizás haya que aguardar el descubrimiento de una octava (!) que consiga la adhesión de todos.

1 El evangelio puede aludir al Espíritu que planea sobre las aguas al comienzo de la creación del mundo (Gn 1, 2). Un texto rabínico medieval que, en aquel tiempo, «el Espíritu de Dios planeaba sobre la superficie de las aguas como una paloma que vuela sobre sus polluelos sin tocarlos» (Talmud de Babilonia, *Hagiga*, 15 a)

2 También puede establecerse una relación con la paloma del diluvio (Gn 8, 8-12), que señala el final del castigo divino y el comienzo de una nueva era

3 «Paloma» se dice en hebreo *yonáh*, que es precisamente el nombre del profeta Jonás, mensajero de la conversión y del perdón de los paganos. ¿Será entonces la paloma una representación simbólica de la misión de Jesús?

4 Un texto judío alejandrino presenta por otra parte a la tortola como un símbolo de investidura profética. Dios le dijo a Abraham «Compararé con la tortola a los profetas que nazcan de ti» (Pseudo-Filón, *Libro de las antigüedades bíblicas*, 23, 7)

5 La traducción aramea del Cantar de los cantares establece una relación análoga con el Espíritu Santo, al comparar la voz de la tortola con «la voz del Espíritu Santo de salvación» (Targum del Cantico, 2, 12)

6 Según la literatura rabínica, desde que dejó de haber profetas en Israel, Dios puede revelarse directamente haciendo oír una *bath qol* (= hija de voz) desde los cielos, una voz que gime «como una paloma» (Talmud de Babilonia, *Berakhot*, 3 a). En efecto, una voz se hace oír (v. 13)

7 Finalmente, también dentro del rabínismo, la paloma puede ser figura de la asamblea de Israel. «Lo mismo que la paloma es protegida por sus alas, así Israel está protegido por los mandamientos» (Talmud de Babilonia, *Shabbat*, 49 a)

M.Q

complimiento de la promesa. El itinerario de Cristo puede ser interpretado a la luz del de Isaac, itinerario de acceso a la vida a través de la muerte. Por otra parte, una voz celestial repetirá que Jesús es «el Hijo amado» en la transfiguración, poco después del primer anuncio de la pasión (Mc 9, 7). Y en el momento en que Jesús muere en la cruz es cuando un centurión romano hace la profesión de fe más solemne del evangelio: «Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios» (Mc 15, 39).

Decir de Jesús que es el Hijo amado es entonces anunciar al lector muchas cosas a la vez: él resume en su persona el itinerario del pueblo de la biblia; él es el mesías, la culminación de la esperanza de Israel; él es el que tiene que morir, pero a quien la muerte no podrá conservar en su poder. La expresión es muy rica de sentido; expresa, además, tras la maduración de la reflexión teológica de la iglesia, la participación de Jesús en la vida trinitaria, en una escena en donde se encuentran agrupadas adrede la voz del Padre, la persona del Hijo y la presencia del Espíritu.

EN EL DESIERTO (V. 12-13)

Los 40 días durante los cuales permanece Jesús en el desierto recuerdan los 40 años de camino de los hebreos en el Sinaí, antes de llegar a la tierra prometida (Ex 16,35; Dt 1,3).

El primer gesto del Espíritu, apenas bajó sobre Jesús, fue conducirlo al desierto para que viviera allí, después de atravesar el agua, el segundo acto del éxodo.

Jesús recorre el camino de Israel pecador, aunque viendo las cosas de muy distinta manera. Es él quien es tentado, mientras que en tiempos de Moisés era el pueblo el que tentaba a su Señor (Sal 95,8-10). En paralelismo con el éxodo, es Satanás el que ahora representaría el papel que entonces representó Israel, mientras que Jesús tendría más bien el papel de Dios.

Las fieras salvajes formaban parte tradicionalmente de los peligros del desierto, mientras que parece como si Jesús alternase pacíficamente con ellas. Y el servicio que le rinden los ángeles va en el mismo sentido de una veneración llena de reverencia, como

contrapartida a las agresiones de Satanás. Un hermoso texto de la tradición judía utiliza las mismas imágenes para indicar la recompensa de los que son fieles al Señor:

«Así, pues, si obráis bien, los hombres y los ángeles os bendecirán y Dios será glorificado por vosotros entre las naciones; el diablo huirá de vosotros, las fieras salvajes os temerán, el Señor os amará y los ángeles se acercarán a vosotros» (*Testamento de Nefatí*, 8, 4).

Encontramos aquí, más desarrollados, algunos rasgos característicos de la paz mesiánica descrita abundantemente por los profetas en términos de armonía universal (Os 2,16-20; Is 11,6-8; 65,25).

Aunque soporta la prueba del desierto, Jesús es presentado por Marcos como viviendo en él un tiempo privilegiado de concordia con la creación. Más allá del éxodo, el texto evoca la situación de Adán antes de la caída, situación en conformidad con el proyecto creador de Dios, o también el destino último del hombre llamado a vivir eternamente reconciliado con Dios en un mundo apaciguado. Más que la historia de Israel, Jesús resume en su persona el destino de la humanidad que se despliega a través de los siglos.

EL ESPIRITU SANTO

El Espíritu no desempeña en Marcos un papel considerable; en el primer capítulo de su evangelio es donde lo nombra más veces (v. 8. 10 Y 12). Jesús es anunciado allí por Juan como el que habrá de bautizar con el Espíritu Santo (v. 8); Jesús lo recibe al salir del agua bautismal (v. 10) y se deja llevar al desierto por aquel a quien acaba de recibir para enfrentarse con Satanás (v. 12).

Las otras menciones del Espíritu Santo en el evangelio de Marcos deben situarse en la línea de este primer capítulo. Es presentado como una especie de antídoto contra los *espíritus inmundos*, muchas veces citados, que se esfuerzan en prolongar el reinado de Satanás, a pesar de que ya está cerca el reino de Dios (1, 15). La controversia de Beelzebul (3, 22-30) demuestra que luchar contra el demonio es tener ya ganada la partida; el que blasfema contra el Espíritu

Santo pierde todas sus armas y se entrega de pies y manos a la fuerza del mal. Por última vez, antes de la pasión, en el discurso que pronuncia Jesús sobre el final de los tiempos, nombra al Espíritu Santo como el que permite enfrentarse con los perseguidores diciéndoles las palabras que necesitan. (13, 11)

El Espíritu que vino sobre Jesús en el Jordán viene sobre el discípulo en el bautismo, para que su lucha, su sufrimiento y su muerte sean caminos de resurrección.

Michel QUESNEL

11

EL ESPÍRITU SANTO SOBRE JESÚS PROFETA

Le 4, 16-21

16 Fue Jesús a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga el día del sábado según su costumbre y se levantó para hacer la lectura. 17 Le entregaron el libro del profeta Isaías y, desenrollando el libro, encontró el pasaje donde estaba escrito:

*17 El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha consagrado por la unción
para llevar la buena noticia a los pobres.
Me ha enviado a anunciar a los cautivos la liberación
y a que recobren la vista los ciegos,
a dejar en libertad a los oprimidos,
19 a proclamar un año de gracia del Señor.*

20 Enrolló el libro, se lo dio al sirviente y se sentó. Todos en la sinagoga tenían los ojos fijos en él.

21 Entonces se puso a decirles: «Hoy se cumple en vuestros oídos este pasaje de la Escritura».

Estos versículos son los primeros de una escena más larga que nos habla del fracaso de Jesús en la ciudad donde se había educado (Lc 4, 16-30). Lucas sitúa mucho antes que Marcos y Mateo la visita a

Nazaret. En los otros dos Sinópticos (Mt 13, 54-58; Mc 6, 16), Jesús no se arriesga a ser «profeta en su tierra» hasta después de anunciar la buena nueva en otras ciudades y aldeas. Siempre resulta mucho más difícil

ser acogido favorablemente por personas cercanas que por desconocidos.

En Lucas, por el contrario, apenas ha empezado Jesús su predicación. Tras el período de preparación, el bautismo en el Jordán (3,21-22) Y la tentación en el desierto (4, 1-13), el evangelista resume en dos frases los comienzos de Jesús en Galilea: «Cuando Jesús volvió con la fuerza del Espíritu a Galilea, su fama se extendió por toda la región. Enseñaba en las sinagogas y todo el mundo lo alababa» (4, 14-15). E inmediatamente después viene la escena de la sinagoga de Nazaret, primer fracaso en contraste con los elogios de los que acaba de hablar el v. 15: Jesús está a punto de ser precipitado desde una cima escarpada por una población enfurecida (4, 28-29). ¡El primer intento descrito de forma un tanto detallada no tiene nada de brillante!

Por fortuna, los habitantes de Cafarnaún están mejor dispuestos (4, 31-36), de modo que el evangelista puede concluir con una nota optimista: «*ysu buen nombre se extendió por toda la región*» (4, 37).

Este v. 37 repite casi al pie de la letra una parte del v. 14 antes citado. Se cierra un primer círculo. La sección 4, 14-37 es un todo en donde el fracaso y el éxito del evangelio se presentan como dos momentos sucesivos y complementarios:

- *Introducción*: se extiende la fama de Jesús (4, 14-15).
- 1. Fracaso en Nazaret (4, 16-30).
- 2. Éxito en Cafarnaún (4,31-36).
- *Conclusión*: se extiende la fama de Jesús (4, 37).

No es imposible que Lucas, autor del tercer evangelio y de los Hechos de los apóstoles, anunciara ya las dos partes de su obra:

1. Evangelio de Lucas: fracaso de la palabra y pasión en Jerusalén.
2. Hechos de los apóstoles: la palabra llega hasta los confines del mundo.

El episodio de Nazaret sería entonces la escena inaugural en donde el rechazo del evangelio por los judíos de Jerusalén se anunciaría en una especie de anticipación profética.

EL SABADO EN LA SINAGOGA

En el siglo 1 de nuestra era, el desarrollo de un oficio sinagoga obedecía a unas normas establecidas que no nos detalla el evangelista, ya que prefirió simplificar las cosas para que centremos nuestra mirada en Jesús.

Después de la plegarias de introducción, se cantaba solemnemente un pasaje del Pentateuco (la *Torá*), interrumpiendo el canto de vez en cuando con la intervención de un traductor que daba una versión aramea de los versículos que se acababan de oír, ya que en Galilea no se comprendía el hebreo bíblico. Luego se proclamaba un extracto de los libros proféticos, escogido por sus relaciones con el pasaje de la *Torá* antes leído. Venía luego la homilía, que pronunciaba uno de los fieles presentes conocido por su ciencia de las Escrituras o por su honorabilidad. Los Hechos de los apóstoles describen dentro de este marco una intervención de Pablo en la sinagoga de Antioquía de Pisidia (Hch 13, 16-42).

En la escena de Nazaret, el evangelio de Lucas no menciona la lectura de la *Torá*; se limita al texto profético sacado del libro de Isaias; Jesús es el lector. Inmediatamente se observa cierto clima de suspense; no se sabe si «el hijo de José» (cf. 4, 32) ha sido designado para tener la homilía, pero está claro que la asamblea está esperando algo de él.

Cuando finalmente abre la boca, la frase tan corta que pronuncia dice mucho más que todos los discursos: anuncia la realización «hoy» de una esperanza que se remonta a varios siglos.

EL CUMPLIMIENTO DE LA ESCRITURA

A diferencia de Mateo, Lucas cita tan sólo en pocas ocasiones frases enteras del Antiguo Testamento. Habitualmente procede más por alusiones que por citas explícitas.

El pasaje que recoge en esta ocasión está sacado

Sigue en p. 34

ALGUNOS LIBROS SOBRE EL ESPIRITU SANTO

G. Auzou, *La fuerza del Espíritu. Estudio del libro de los Jueces*. FAX, Madrid 1968.

La Introducción contiene una síntesis excelente, muy accesible y sugestiva, sobre «el misterio del Espíritu»

Y. Congar, *El Espíritu Santo*. Herder, Barcelona 1983.

En la primera parte se presenta una visión de conjunto de los textos sobre el Espíritu Santo, especialmente de los textos bíblicos (p 29-90), en una perspectiva cercana a la dogmática. La segunda parte presenta la historia de la teología del Espíritu, desde el origen hasta el Vaticano"

«Cuaderno bíblico» n. 21: *Los Hechos de los apóstoles*

La última parte (p 68-75) se consagra al papel del Espíritu en la experiencia de la vida eclesial

G. A. Maloney, *Dios, aliento del hombre*. Narcea, Madrid 1978².

Se muestra especialmente atento a la presentación bíblica de los textos sobre el Espíritu Santo en la vida espiritual del cristiano

S. Lyonnet - I. de la Pottene, *La vida según el Espíritu*. Sígueme, Salamanca 1967.

Se recogen diversos estudios de estos autores sobre la presentación que se hace del Espíritu Santo en los textos del Nuevo Testamento

J. de Goitia, *La fuerza del espíritu*. Mensajero, Bilbao 1974.

Colección de diversos estudios sobre el pneuma en el Antiguo Testamento y en los diversos autores del Nuevo Testamento el pneuma y los apóstoles, el pneuma en sus relaciones con Cristo y con la vida cristiana, etc

H. W. Wolff, *Antropología del Antiguo Testamento*. Sígueme, Salamanca 1975.

Encierra especial interés para nosotros las pp 53-63, dedicadas al significado bíblico de la *ruah* ya sus aspectos antropológicos

EL ESPIRITU SANTO EN EL NUEVO TESTAMENTO

Mateo 1,18 20,3,11 16,4,1,10,20,
12, 18 28 31 32, 22, 43, 28, 19
Marcos 1,8 10 12,3,29,12,36,13,11
Lucas 1,15 35 41 67,2,25,26,27,3,
16 22,4,1 1 14 18,10,21,11,13,12,
10 12
Juan 1,32 33 33,3,5 6 8 34,7,39
39,14,17 26,15,26,16,13,19,30,20,
22
Hechos 1,2 5 8 16,2,44 17 1833
38,4,8 25 31,5,3 9 32,6,3 5 10,7,
51,55,8,15,17 18,19,29,39,9,17,31,
10,19 38 44 45 47, 11, 12 15 16 24
28,13,24,9,52,15,8,28,16,67,19,

2 2 6 21,20,22 23 28,21,4 11,28,
25
Romanos 1, 4, 5, 5, 8,9 9 11 11 14
16,23,26,27,9,1,14,17,15,13 16,19
30
1 Corintios 2,4 10 10 11,12,13,14,3,
16,6,11 19,7,40,12,3 3 4 7 8 9 9
11 13 13
2 Corintios 1,22, 3, 3 17 17, 5, 5, 13,
13
Galatas 3,2 5 14,4,6,5,5
Efesios 1,13,3,5 16,4,30,5,18,6,17
18
Filipenses 1, 19,3,3

Colosenses 1, 8
1 Tesalonicenses 1,5 6,4,8,5, 19
2 Tesalonicenses 2, 13
1 Timoteo 3, 16,4, 1
2 Timoteo 1, 14
Tito 3,5
Hebreos 2,4,3,7,6,4,9,8,10,15,29
1 Pedro 1, 2 II 12, 4, 14
2 Pedro 1,21
1 Juan 3,24,4,2,13,5,6,8
Judas 20
Apocalipsis 2,7 11 17 29,3,6 13 22,
14,13,22,17

de la segunda parte de la colección de Isaías. El «tercer Isaías», profeta de la vuelta del destierro, señala allí la misión que ha recibido del Señor (cf. p. 14). He aquí la traducción según el texto griego de los Setenta:

*El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque el Señor me ha consagrado por la un-
ción.*

*Me ha enviado a anunciar la buena nueva a los
pobres,
a curar a los que tienen el corazón roto,
y a anunciar a los prisioneros que están libres
y a los ciegos que verán la luz,
a proclamar un año de beneficios,
concedido por el Señor,
y un día de venganza (Is 61, 1-2).*

Comparando este texto con el del evangelio, se observa que Lucas cita a Isaías aportándole algunas modificaciones. No se sabe por qué suprime lo de «curar a los que tienen el corazón roto». Por el contrario, añade lo de «traer a los oprimidos la liberación» (cita de Is 58, 6), insistiendo en esta liberación (en griego, *áphesis*), que tanto se valora en el tercer evangelio y en los Hechos de los apóstoles.

Sin embargo, la diferencia más importante está en que se detiene la cita en la penúltima línea, omitiendo la mención del «día de venganza», tema habitual de la predicación profética, pero que no conviene a la misión de Cristo. El período que se abre en el momento en que Jesús comienza a hablar no tiene, para el evangelista, ningún carácter de castigo o de revancha divina. Es por el contrario «un año de beneficios», según la imagen de los años sabáticos o jubilares del calendario israelita, manifestación gratuita del cariño de Dios.

«Hoy» se cumple esta palabra (v. 21). El adverbio «hoy», muy corriente en el evangelio de Lucas (véase por ejemplo Lc 2, 11; 19,9; 23,43), marca este tiempo providencial. Desde el nacimiento de Jesús hasta su

muerte, el mundo va a vivir un período sumamente privilegiado. En un rincón discreto del imperio romano, se va a colmar durante algunos meses el deseo de felicidad y de libertad que anida en el corazón de los hombres desde la creación y que tan bien expresaron los profetas de Israel. ¿Hasta cuándo? Hasta que esos mismos hombres maten a aquel que les traía la felicidad y tome su relevo el pueblo del Espíritu.

EL ESPIRITU SANTO

En la obra de Lucas, el Espíritu Santo es ante todo el que animaba a los profetas de Israel. De él están llenos Isabel (1,41) Y Zacarías (1, 67) que son, dentro de la perspectiva del redactor, profetas del Antiguo Testamento. Y esto es también verdad del anciano Simeón (2, 25).

La corriente profética vétero-testamentaria encuentra su término en la persona de Juan bautista que está «lleno de Espíritu Santo desde antes de nacer» (1, 15) Y en el que reposan igualmente «el espíritu y la fuerza del profeta Elías», el modelo de los profetas (1, 17).

El Antiguo Testamento termina cuando se detiene el ministerio de Juan bautista (3,20; cf. 16,16). Entonces comienza algo nuevo. El Espíritu profético viene sobre Jesús en el Jordán (3, 21) Y lo acompaña constantemente a continuación: en el desierto (4, 1), en los comienzos de su predicación (4, 14) Y todo el tiempo de su presencia visible en medio de los hombres (10, 21). Jesús no es solamente el Profeta con una P mayúscula que recoge la llama de toda la corriente vétero-testamentaria, sino aquel cuya misión realiza lo que no era más que una esperanza en el Antiguo Testamento. Es a la vez el que sustituye a los profetas y el contenido de su mensaje. Esto es lo que expresa el texto de Lc 4, 16-21.

Algo de todo esto terminará el día de la pasión. Pero no por eso detendrá su acción el Espíritu profético. El resucitado revestirá con él a la iglesia el día de pentecostés (véase Hch 2, 1-41: p. 41).

Michel QUESNEL

RENACER POR EL ESPIRITU

Jn 3, 3-8

³ Dijo Jesús a Nicodemo: «En verdad, en verdad te digo: si no nace de arriba, nadie puede ver el reino de Dios». ⁴ Le dijo Nicodemo: «¿Cómo puede nacer un hombre si es ya viejo? ¿Puede por segunda vez entrar en el seno de su madre y nacer?». ⁵ Jesús respondió: «En verdad, en verdad te digo: si no nace del agua y del Espíritu, nadie puede entrar en el reino de Dios. ⁶ Lo que ha nacido de la carne es carne, lo que ha nacido del Espíritu es espíritu. ⁷ No te extrañes de que te haya dicho: 'Hay que nacer de arriba'. ⁸ El viento sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes ni de dónde viene ni a dónde va. Así ocurre con todo el que ha nacido del Espíritu».

EL CONTEXTO

La conversación de Jesús con Nicodemo se sitúa en esa gran sección del cuarto evangelio que podemos titular: El anuncio de la vida (1, 19-6,71). Cuando presentó a sus discípulos al cordero de Dios, Juan bautista caracterizó su obra como «un bautismo en el Espíritu» (1, 33). El c. 2 manifiesta la plenitud de la nueva alianza: en Caná, al agua que servía para la purificación de los judíos se le opone el vino de la alegría de los tiempos mesiánicos (2,1-1); al templo hecho con manos humanas sucederá el templo levantado por Jesús mismo después de su muerte: su propio cuerpo, en el que los discípulos podrán adorar al Padre en Espíritu y en verdad (2, 18-21, en relación con 4,23 s). Dos conversaciones, una con Nicodemo y otra con la samaritana, ilustran dos reacciones ante el ofrecimiento de la vida. El primero se retira, por así decirlo, a hurtadillas, sin que se sepa su reacción íntima; la

otra se convierte de tal manera que pasa a ser misionera en su propia aldea.

PLAN DEL TEXTO

Más que de una conversación, deberíamos hablar de un discurso de revelación, cortado por dos «¿cómo puede..?» (v. 4 y 9), que no tienen más finalidad que la de hacer que progrese la exposición de Jesús. Si el comienzo del texto está bien marcado, a saber, la llegada nocturna de Nicodemo, no se sabe con precisión cuándo acaba el discurso de Cristo y comienza la meditación del evangelista. El v. 15, con la llamada a la fe para obtener la vida eterna, constituiría un buen corte. Dentro del discurso de Jesús hay dos ideas que parecen totalmente distintas: el renacer bajo la acción del Espíritu y la elevación del hijo del hombre. Sin embargo, hemos de captar su relación muy estrecha para entrar en la inteligencia del texto.

¿COMO ENTRAR EN EL REINO DE DIOS?

Ver el reino y entrar en el reino son expresiones paralelas, fácilmente comprensibles para un judío. Se trata de saber con qué condiciones el hombre será declarado justo por Dios en la hora del juicio y admitido en la felicidad futura. En los sinópticos encontramos varias declaraciones de Cristo sobre este tema: necesidad de emprender el camino estrecho, de pasar por la puerta estrecha (Mt 7,14), de unir a la invocación de Dios la práctica de la voluntad divina (Mt 7, 21), de guardar los mandamientos (Mt 19, 17)... Hay un logion muy cercano al texto de Juan: «Si no cambiáis y no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt 18, 3).

Estas diversas sentencias apelan a la decisión del hombre que se compromete por el camino de la conversión. Aquí se trata de una partida más radical todavía: un nacimiento. A diferencia del que toma en las manos su vida para convertirse, el niño que nace recibe la vida sin tomar en ello parte alguna. Este nacimiento viene de arriba, *anóthen*. Este adverbio griego puede tener dos sentidos: de arriba y de nuevo. Nicodemo lo entenderá en este segundo sentido, ya que presenta la objeción de que un hombre no puede *volver a entrar* en el seno de su madre. La respuesta de Jesús se sitúa en el plano del origen: nadie sabe de *dónde* viene el viento ni *adónde* va (et. Ecl 1, 6). También de Jesús se dice que era el único en conocer su origen y el sentido de su destino (3, 31; 8, 23). La intervención del Espíritu en el rito bautismal hace participar al creyente de la filiación divina de Jesús (1,12). La subida hacia el Padre sólo es posible gracias a la elevación del hijo del hombre (v. 14; et. 12,32). Leyendo estas **declaraciones** en relación con todo el resto del cuarto evangelio, vemos cómo el bautismo lleva a cabo el nuevo nacimiento por su vinculación con el misterio pascual.

EL PAPEL DEL ESPIRITU

Al «cómo» de Nicodemo responde Jesús indicando que este nacimiento desde arriba se produce bajo

la acción del agua y del Espíritu. Como luego se habla tan sólo del Espíritu, algunos comentaristas se han preguntado si no habría sido introducida el agua en la última etapa de la redacción joánica para aplicar la declaración de Jesús al bautismo cristiano (et. Tit 3,5). Sin embargo, la evocación del agua está bien situada en esta parte del evangelio en la que tiene tanta importancia la relación entre Juan bautista y Jesús (1, 19-34; 3, 22-36). En el Antiguo Testamento, adonde Jesús remite expresamente a su interlocutor (3,10), el agua es uno de los grandes símbolos del Espíritu. Además de Is 44, 3 Y de J13, 5, el texto más expresivo se lee en Ez 36 (*supra*, p. 16). Después de la ablución de agua pura, Dios anuncia el don de su Espíritu en el corazón del hombre. Sobre todo en este contexto de nuevo nacimiento, ¿cómo no evocar al Espíritu que planea sobre las aguas primordiales para que brote de ellas la vida (Gn 1)?

La novedad de la intervención del Espíritu está marcada por el contraste entre la carne y el espíritu. A diferencia de los textos de Pablo, no se trata aquí del combate entre la carne y el Espíritu (Gál 5, 16-25; Rom 7-8). Para Juan, el Espíritu tiene la función esencial de conducir hacia la verdad (véanse los textos sobre el paráclito, p. 37); la carne, por el contrario, representa al hombre «natural», incapaz de juzgar a no ser con sus propios criterios y consiguientemente cerrado a la revelación divina (8, 15). Para llegar a ser hijo de Dios, hay que renunciar por tanto a las aparentes certezas de la carne y abrirse a la voz del Espíritu. Nacido de arriba, el creyente se hace así capaz de tender hacia el reino de Dios, al ser conducido hacia allá por el soplo del Espíritu.

Al manifestar el papel recreador del Espíritu por el bautismo, nuestro texto va de este modo mucho más lejos, presentando toda la vida cristiana como un caminar hacia el reino (cf. 8, 12), bajo la influencia del Espíritu, ya que el Hijo de Dios, elevado en la cruz, ha comunicado su propio Espíritu a todos los que creen en él.

Probablemente hay que darle un sentido fuerte a la expresión con la que el evangelista refiere la muerte de Jesús: «transmitió el Espíritu» (19,30). Es una invitación para reconocer que el Espíritu está activo en la

sangre y el agua que brotan del corazón traspasado y se comunica por los sacramentos de la iglesia.

A los discípulos reunidos en el cenáculo el resucitado les da el Espíritu de la nueva creación: «Sopló

sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo» (20, 22), haciendo de ellos el punto de partida de la humanidad rescatada.

Edouard COTHENET

13

LAS PROMESAS DEL PARACLITO

Jn 14-16

• 16 «Le pediré al Padre, y él os dará otro paráclito, para que esté con vosotros para siempre, 17 el **Espíritu de la verdad**, que el mundo no puede recibir, porque no lo percibe ni lo reconoce; pero vosotros sí lo reconocéis, porque mora a vuestro lado; y él estará en vosotros» (14, 16-17).

• «El paráclito, el **Espíritu Santo**, que enviará el Padre en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que os he dicho» (14, 26).

• 26 «Cuando llegue el paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre, el **Espíritu de la verdad** que saldrá de junto al Padre, él dará testimonio de mí. 27 Pero también vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio» (15, 26-27).

• 7 «Si no me marchó, el paráclito no vendrá a vosotros; por el contrario, si me marchó, os lo enviaré. 8 Y él, por su venida, confundirá al mundo en materia de pecado, de justicia y de juicio» (16, 7-8).

• 12 «Todavía tengo muchas cosas que deciros, pero no estáis en situación de recibirlas ahora. 13 Cuando llegue él, el **Espíritu de la verdad**, os introducirá en la verdad entera; porque no dirá nada de sí mismo, sino que dirá todo lo que escuche y os manifestará las cosas venideras. 14 El me

glorificará, porque recibirá de lo mío y él os lo manifestará. 15 Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso os he dicho: recibe de lo mío y os lo manifestará» (16, 12-25) (traducción de I. de la Potterie).

En el cuarto evangelio, los textos relativos al Espíritu Santo se reparten en dos grupos. La primera serie está formada por el anuncio del don del Espíritu, en relación con el bautismo o bajo el símbolo del agua: 1, 29-35; 3,3-5 (cf. p. 35); 7,37-39 (cf. «Cuaderno bíblico») 50, 26). Con el discurso de despedida (13,31-16) comienza una segunda serie, donde el Espíritu recibe el título de «paráclito»). Desde el punto de vista literario, este discurso se relaciona con un género muy conocido en el judaísmo y en el cristianismo primitivo, el de los *Testamentos*. Cuando está a punto de morir un patriarca o un jefe espiritual, convoca a los suyos para darles sus últimas recomendaciones, manifestarles el porvenir y muchas veces para designar a su sucesor, como hizo Moisés con respecto a Josué. ¿No habrá que considerar entonces al paráclito como el sucesor de Jesús? ¿Cómo comprender las relaciones que tienen entre sí ambos a dos?

Un estudio más preciso debería determinar la relación de las cinco declaraciones que hemos presentado aisladamente, con su contexto. A menudo se trata de un vínculo muy amplio, de modo que se ha podido suponer que había existido una colección separada de estas promesas del paráclito. Esta hipótesis no se impone. Pero lo cierto es que este grupo de textos merece una explicación en sí mismo, como una de las cumbres de la enseñanza del Nuevo Testamento sobre el papel del Espíritu Santo en la vida de la iglesia.

SENTIDO DE LA PALABRA PARACLITO

El término «paráclito» es una simple transcripción de un adjetivo verbal griego que tiene el mismo sentido que el latín *ad-vocatus*: llamado aliado, abogado. Palabra perteneciente al lenguaje del pretorio, este término pasó al hebreo y al arameo para designar al que intercede en favor de alguien, al que sirve de intermediario. Por este título, el ángel intercesor pue-

de ser considerado como paráclito (Job 33, 23-25). Al ángel intercesor se opone el Satanás acusador (Zac 3, 1-6; Job 1, 6; 2, 1; Ap 12, 10). La primera carta de Juan (2, 1) nos presenta con energía a Cristo como el paráclito (en el sentido de intercesor) en virtud de su sacrificio: es el único texto del Nuevo Testamento, fuera del discurso de despedida, en donde se emplea la palabra *parakléto*s. Si la traducción «intercesor» viene bien en este caso, no responde sin embargo a las funciones que se le dan al Espíritu Santo en Jn 14-16. Por tanto, hemos de buscar en otras direcciones.

En la lengua bíblica, el verbo *parakaleín* y su derivado *paraklésis* son muy empleados: se relacionan con la exhortación dada por los profetas, con el aliento sacado de las Escrituras (Rom 15, 4). El mensaje del Segundo Isaías a los desterrados comienza con este verbo: «Consolad, consolad a mi pueblo» (Is 40, 1, griego). No se trata de un consuelo sentimental, sino de una *exhortación vigorosa a creer en la buena nueva* de la salvación y a ponerse en camino para volver a Jerusalén. Según Pablo, una de las funciones de la profecía consiste en asegurar la paraclesis (exhortación) de la asamblea (1 Cor 14, 3). Aunque tradicional, la traducción **ccconsolador**) no logra resaltar de forma suficiente el impulso que da el Espíritu Santo mediante la enseñanza de la Escritura y la palabra de los profetas.

El cuarto evangelio presenta insistentemente al paráclito como el Espíritu de la verdad (14, 17; 15,26; 16,13). Esta expresión era conocida en el judaísmo. La encontramos especialmente en los textos de Qumran (véase el recuadro de la p. 60): el Espíritu de verdad, considerado como el príncipe de las luces, emprende la lucha en el mundo y en el corazón de los hombres con el Espíritu de perversidad, llamado también ángel de las tinieblas. Manifiestamente, el cuarto evangelio ha querido clarificar todas estas representaciones: Espíritu Santo, ángel intercesor, Espíritu de verdad... Con la elección del término paráclito, ha atribuido al Espíritu de Dios la tarea de perpetuar la obra de Cristo.

De estas breves observaciones se deduce que ninguna de las traducciones propuestas (consolador, abogado, intercesor) corresponde exactamente al sentido que le da Juan. Más vale conservar la simple transcripción «paráclito» y hacer recaer todo el esfuerzo en una determinación más precisa de su papel en la vida de la iglesia.

LA ENSEÑANZA DEL PARACLITO

Una exégesis detallada de cada frase nos llevaría demasiado lejos. Tenemos que contentarnos con una visión global. A diferencia de 3, 3-8, que consideraba la acción del soplo divino en toda la vida del creyente, la atención en 14-16 se polariza en la enseñanza del Espíritu de la verdad. Es lo que muestra la atención a los verbos empleados para caracterizar su obra: enseñar (14, 26), hacer recordar (14, 26), introducir en la verdad entera (16, 13), anunciar el porvenir (16,13-15). El aspecto judicial de esta intervención está marcado por los verbos atestiguar (15, 26) Y convencer de error o reprochar (16, 8).

Caracterizado como Espíritu de la verdad, el paráclito tiene un papel de enseñanza que parece superar al del propio Cristo (14, 26; 16, 12s). Sin embargo, ¿no se designaba Cristo a sí mismo como la verdad (14, 6) y no era su función en el mundo la de dar testimonio de la verdad (18,37)? ¿Cómo puede añadirse la enseñanza del Espíritu a la de Cristo, el revelador por excelencia del Padre (1,18)? Los dos verbos «hacer recordar» (14,26) Y «atestiguar» (15, 26s) permiten responder a estas dificultades.

El **recuerdo** en el cuarto evangelio no es nunca una simple memoria de los hechos pasados, sino que está ligado a una comprensión superior, que hace posible la glorificación del Hijo. Así, solamente después de pascua es cuando el evangelista puede percibir el sentido pleno de ciertos acontecimientos o de ciertas declaraciones de Jesús: la expulsión de los mercaderes del templo (2, 22), la promesa del agua viva (7, 39), la entrada solemne en Jerusalén (12, 16). El recuerdo, iluminado por el Espíritu de la verdad, une en un mismo haz la promesa de la Escritura, el tiempo de Jesús y su actualidad para la vida de la iglesia.

El testimonio es también obra del Espíritu. Se trata de una noción clave del cuarto evangelio. El testigo no es un simple aparato registrador, sino una persona que se compromete al servicio de la verdad y da la interpretación auténtica de lo que ha visto y oído. Así, Juan bautista no se contentó con referir el signo de la paloma, sino que ofreció una explicación del mismo: Jesús es el que bautizará en el Espíritu Santo (1, 29-33). Por su parte, el discípulo amado no relata solamente los últimos acontecimientos de la crucifixión, sino que nos descubre su alcance eclesial y sacramental. Así es como puede apelar en su testimonio a la autoridad de aquel que lo sabe todo, para suscitar la fe de los discípulos (19, 35). Sólo el Espíritu puede conducir a esta plenitud de la verdad. Por eso en la primera carta de Juan se caracteriza al Espíritu como aquel que atestigua y permite captar el sentido de la venida de Jesús por medio del agua y de la sangre (1 Jn 5,6).

El testimonio del Espíritu pasa evidentemente por ciertos intermedios. En 15, 26s se menciona expresamente a los que estaban con Jesús «desde el principio», esto es, a los testigos de la primera hora, que siguieron a Cristo desde la orilla del Jordán y hasta la pasión. Es un grupo que supera al de los doce, como vemos en Hch 1, 21s, y engloba a la generación apóstólica, cuya importancia se subraya en 1 Jn 1, 1-4. Se trata de un testimonio colectivo, fundador, que compromete a la historia sucesiva. Por tanto, no es posible esperar una edad del Espíritu superior a la del Hijo, una enseñanza del Espíritu que dispense de meditar en la kénosis, en el anonadamiento del Verbo hecho carne. Al contrario, es a la enseñanza de Jesús y a su vida entre nosotros adonde remite el testimonio del Espíritu. La obra del Espíritu es entonces presentar la gloria que, desde pascua, refluye por anticipación sobre la vida terrena de Jesús.

En relación con el mundo, el paráclito desempeña la función de acusador público, de fiscal (16, 5s). No se trata de ua intervención exterior, como podría hacerlo un profeta, sino más bien de una iluminación interior en el corazón de los creyentes, para permitirles superar el escándalo de la persecución (16, 1s). El paráclito atestigua de este modo que el pecado capital del mundo es su incredulidad (por ejemplo: 1,10; 9,41). La marcha de Cristo por medio de la muerte es un regre-

so al Padre, que manifiesta que es el justo por excelencia (cf. Hch 3, 14; 7, 52). La elevación del hijo del hombre en la cruz significa el juicio y la derrota del príncipe de este mundo (12, 31; 16,33). Por su acción en el corazón de los creyentes, el Espíritu los convierte en vencedores (1 Jn 5, 4).

En la última frase sobre el paráclito, el verbo *anage/ein* aparece en tres ocasiones. Puede traducirse por repetir, comunicar (TOB). I. de la Potterie ha demostrado que es preferible el sentido de manifestar. Lo mismo que hay que poner de manifiesto el sentido de una visión apocalíptica, es también necesario manifestar el carácter decisivo, escatológico, de todo lo que Jesús dijo y realizó. Por tanto, no se trata aquí de una profecía del porvenir, como puede encontrarse en el Apocalipsis, sino de una manifestación de todas las riquezas de Jesucristo. En este sentido es como el Espíritu recibe de lo de Jesús para comunicárselo a los discípulos.

EL ORIGEN DEL PARACLITO

Una serie de expresiones nos permite vislumbrar el origen de la misión del paráclito. Según la primera sentencia, el Padre mismo envía el Espíritu atendiendo a la petición de Jesús (14, 16). La actividad del Espíritu se sitúa en la prolongación exacta de la de Jesús, ya que se le califica de *otro* paráclito. El Padre envía el paráclito «en nombre de Cristo», lo cual marca de forma más estrecha el vínculo que existe entre el Espíritu y Cristo. Efectivamente, hay que creer en el nombre de Cristo, Hijo de Dios (20, 31), para obtener la salvación. El don del Espíritu se nos presenta así dependiente de una exacta confesión de fe (cf. 1 Jn 4, 1-6): negarse a reconocer que Jesús es el Hijo venido en la carne, es separarse del mundo del Espíritu. El mismo Cristo participa del envío del Espíritu, como se comprueba en 16,7: «Yo os lo enviaré». Los vv. 14s permiten precisar esta relación: del mismo modo que Cristo no enseña más que lo que ha oído junto al Padre (7, 16), tampoco el Espíritu enseña más que lo que ha recibido del Hijo, que a su vez depende totalmente del Padre.

Aunque situadas en el plano de las misiones divinas en la historia de la salvación, estas declaraciones nos dejan entrever algo del misterio de la vida divina. El Espíritu procede de junto al Padre (15, 26) Y recibe del Hijo. El credo niceno-constantinopolitano declaraba únicamente que el Espíritu procede del Padre. La teología latina añadió «y del Hijo» (*fi/ioque*), una formulación ciertamente legítima, pero a la que puede preferirse esta otra más conforme con los datos de la Escritura: procede del Padre *por* el Hijo.

CONCLUSION

Las sentencias relativas al paráclito se centran en el problema de la verdad. No se dice **expresamente** que el Espíritu sea fuente de nuestro amor a Cristo y a nuestros hermanos. Si se tiene en cuenta el contexto global del discurso después de la cena, en donde el mandamiento del amor ocupa este lugar, no es posible sin embargo aislar por completo al uno del otro (véase en particular la secuencia 14, 16-21). Para Juan, la rectitud de la fe dirige la verdad del amor. Sólo aquel que ha comprendido por la fe el exceso del amor divino en la encarnación redentora del Hijo puede vivir en plenitud el mandamiento de la *agapé*. Dirigiéndonos a la verdad completa es como el Paráclito nos hace compartir el amor mutuo del Padre y del Hijo, haciendo que lo irradiemos luego en la caridad fraterna.

Más aún que Pablo, Juan nos permite descubrir el carácter personal del Espíritu de Dios. Destacando el término personal *parak/étos* en lugar del término neutro *pneuma*, nos muestra que el Espíritu no es solamente la fuerza de Dios en acción, sino que él mismo es el actor de la salvación, el don por excelencia que Dios nos concede en su amor (1 Jn 4, 10-13). Así es como podemos comprender esta declaración sorprendente: «Os conviene que yo me vaya...») (16,17). Tras la partida de Cristo al lado del Padre, acaece su venida por el Espíritu de la verdad, que nos permite, a pesar de la oposición del mundo, permanecer en la fe y participar así de la victoria del Hijo único.

Edouard COTHENET

LA VENIDA DEL ESPIRITU SANTO

Hch 2

1 Cuando llegó el día de pentecostés, se encontraban reunidos todos juntos. 2 De pronto, vino del cielo un ruido como de un violento vendaval y quedó totalmente llena de él la casa en donde estaban. 3 Entonces se les aparecieron unas como lenguas de fuego que se distribuían posándose sobre cada uno de ellos. 4 Todos se llenaron de **Espíritu Santo** y se pusieron a hablar en otras lenguas, como el Espíritu les concedía expresarse.

5 Pues bien, residían en Jerusalén judíos piadosos, llegados de todas las naciones que hay bajo el cielo. 6 Ante el rumor que corrió, la gente se arremolinó y se sintió asombrada, ya que cada uno los oía hablar en su propia lengua. 7 Desconcertados, maravillados, decían: «¿No son galileos todos esos que están hablando? 8 ¿Cómo es que cada uno de nosotros los oye hablar en su lengua materna?»...

14 Entonces se elevó la voz de Pedro que estaba allí con los once: 16 «...Aquí está sucediendo lo que fue dicho por el profeta Joel:

17 *Ocurrirá en los últimos días, dice Dios, que derramaré mi
Espíritu sobre toda carne...*

21 *y todo el que invoque el nombre del Señor se salvará.*

22 Israelitas, oíd estas palabras: Jesús el nazareno, ese hombre que Dios había acreditado ante vosotros realizando por medio de él milagros, prodigios y signos en medio de vosotros... 23 a ese hombre, según el plan bien trazado y sancionado por Dios, lo entregasteis y eliminasteis haciéndolo crucificar por manos de los impíos; 24 pero Dios lo ha resucitado librándolo de los horrores de la muerte, pues no era posible que la muerte lo retuviese en su poder. 25 En efecto, David dijo de él:

· *Veía constantemente al Señor delante de mí,
pues está a mi derecha, para que no quede quebrantado.*

26 *Así mi corazón se mantenía alegre y mi lengua cantaba de alegría.
Más aún, mi carne descansará en la esperanza,
porque tú no abandonarás mi vida a la muerte,
y tú no dejarás a tu santo conocer la descomposición...*

32 A ese Jesús, DIOS lo ha resucitado y todos nosotros somos testigos de ello

33 Exaltado por la diestra de DIOS, recibido del Padre el **Espíritu Santo** prometido y lo derramo, como estáis viendo y oyendo 36 Que lo sepa con certeza toda la casa de Israel DIOS ha hecho Señor y Cristo a ese Jesús que vosotros crucificasteis»

37 Con el corazón conmovido de oír estas palabras, les preguntaron a Pedro y a los otros apóstoles «¿Qué hemos de hacer, hermanos?» 38 Pedro les respondió «Convertíos, que cada uno de vosotros reciba el bautismo en nombre de Jesucristo para el perdón de sus pecados, y recibáis el don del **Espíritu Santo**. 39 Pues a vosotros está destinada la promesa y a vuestros hijos, así como a todos los que están lejos, y que el Señor llame»

El relato de pentecostes, con la interpretación que lo acompaña, presenta la clave de lectura del libro de los Hechos. Lo que precede no tiene más función que la de preparar la llegada del Espíritu prometido por Jesús «Recibiréis una fuerza, la del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros» (Hch 1,8). Lo que sigue no es más que el despliegue y la actuación del acontecimiento fundador. En otras palabras, el relato de pentecostes es esencial y único porque introduce al personaje principal en torno al cual se desarrolla la intriga del libro, de la misma manera que la obra anterior de Lucas, su evangelio, se construye en torno a la figura de Jesús.

Los siguientes comentarios no tienen la pretensión de hacer una exégesis detallada del c. 2. Por falta de espacio, no hemos podido reproducir el texto en su totalidad, pero hemos querido conservar el relato del suceso en su totalidad y luego lo esencial del comentario de Pedro con su referencia a las Escrituras y su arraigo en el acontecimiento Jesús.

EL RELATO DE PENTECOSTES (2, 1-13)

El cumplimiento

El capítulo anterior establece un suspense que contribuye a resaltar la importancia del acontecimiento. Antes de dejarnos, Jesús ordena a sus apóstoles que «esperen en Jerusalén la promesa del Padre, la que habéis oído de mis labios» (Hch 1,4). La reunión del pequeño grupo en la habitación superior de la casa y la sustitución del duodécimo apóstol asientan las condiciones para que venga el Espíritu.

En efecto, el relato multiplica los términos que connotan plenitud, cumplimiento, totalidad, unanimidad «Cuando se *cumplieron* los cincuenta días *quedo llena toda* la casa, *todos se llenaron* de Espíritu Santo. Estaban *todos juntos*, en *un mismo lugar*. Plenitud en el tiempo, en el espacio, en el número y en el corazón: todo esto remite a un acontecimiento ideal y perfecto.

El agente de la plenitud

El acontecimiento 6e describe con unos términos y unas imágenes que resultan familiares a los hombres de la biblia: el ruido y el fuego forman parte del esce-

nario utilizado para describir la manifestación de Dios. Se concreta el origen del acontecimiento: esto viene *del cielo*, es decir, de Dios. Lucas, siempre tan amigo de matizar su descripción del mundo de DIOS, guarda las debidas distancias respecto a su lenguaje: se trata

LA PROFECIA DE JOEL

«Derramare mi Espíritu sobre toda carne Entonces vuestros hijos e hijas profetizarán, vuestros Jóvenes tendrán VISIONES y vuestros ancianos sueños Yyo derramare mi Espíritu sobre mis esclavos y servas» Joel enumera aquí las diferentes maneras, conocidas en su época (siglo IV a C), de recibir las revelaciones divinas. A esto es a lo que tiende sobre todo la efusión del Espmtu a hacer a todo el pueblo capaz de conocer a DIOS (cf Nm 11, 29 YJr 31, 34)

Joel utiliza el escenario clásico del día del Señor. En la tradición profética, se le presenta siempre acompañado de signos terribles: guerras, erupciones volcánicas, eclipses de sol y de luna, terremotos. Estas sacudidas del cosmos y de la humanidad acompañan a todas las apariciones del Señor. Estos signos precursores no podían anunciar ya más que el JUICIO final y defmitrvo con que se concluirá la historia amqUillara a los paganos y, en Israel, a los pecadores, IntrodUCirá al pueblo de DIOS en una era de paz y de felicidad defimtrva

Si Lucas destaca este texto en su relato es porque encontraba en él ciertas ideas muy queridas, que es posible encontrar con frecuencia en los Hechos

a) La universalidad del don del Espíritu. Lucas ha VISIO en ese «derramaré mi Espíritu sobre toda carne» el anuncio de la explosión de las fronteras del pueblo de DIOS (cf Hch 10, 24-28)

b) La importancia de los carismas. Lucas aprovecha todas las ocasiones para mencionar las manifestaciones un tanto extraordinarias que acompañan a la venida del Espíritu Santo: don de lenguas, profecía y hasta fuego (Hch 2, 3) o terremotos (4, 31). Los cantos sirven a la misión apostólica de la Iglesia y al mismo tiempo mantienen en su seno una atmósfera de gozo y de entusiasmo

c) La perspectiva escatológica. El elemento más impresionante de la profecía de Joel es el anuncio del final de la historia, de los últimos tiempos. Citando por extenso este texto, ¿podía Lucas pensar en algo que no fuera situar a pentecostés dentro de esta perspectiva? La efusión del Espíritu de Dios precede, con mucho, a los signos precursores del día del Señor. Pero, sea cual fuere el plazo, el acontecimiento de pentecostés pertenece a la era del JUICIO final. En esta perspectiva, la predicación apostólica se presenta como el último ofrecimiento de salvación dirigido a la humanidad, ya no habrá otro y la Iglesia no podrá hacer más que repetirlo y traducirlo a lo largo de los tiempos

Pierre BUIS
Assemblées du Seigneur, n 30, 17-22
Le Cerf, París 1970

de «un ruido *como* de un vendaval... Entonces se les aparecieron unas *como* lenguas de fuego»).

Lo que ocurre es ciertamente obra de Dios: los lugares y las personas se llenan de Espíritu Santo... La reacción de los testigos confirma que se trata de la irrupción de Dios en el mundo de los hombres: éstos se quedan estupefactos, perplejos, incapaces de comprender: «¿Qué es lo que puede ser esto?» (v. 12).

Los beneficiarios del don

El Espíritu es como el viento: nadie sabe de dónde viene ni adónde va. Pero sus efectos son visibles. Las lenguas de fuego se posan sobre cada uno de ellos y les conceden hablar en otras lenguas. Los exégetas se han preguntado quiénes fueron los primeros beneficiarios de la efusión del Espíritu. Algunos, remontándose más arriba en el libro de los Hechos, han pensado en la primera comunidad más amplia de los 120 que se mencionan en 1, 15. Otros, más numerosos, prefieren limitarse al pequeño grupo reunido en la habitación superior (1, 12-14). En efecto, el «todos unánimes») del v. 14 se armoniza muy bien con la expresión «todos juntos») (2, 1). Además, la interpretación del acontecimiento es obra de Pedro «que estaba allí con los 11 ». Se ha observado que la reacción de los testigos: «¿No son galileos todos esos que están hablando?»), se explica más fácilmente de los 12 que de los 120. Finalmente, en lo que sigue los 12 cumplen una función específica en el don del Espíritu: Pedro y Juan imponen las manos a los samaritanos (8, 17) Y Pedro ocupa un lugar especial en relación con Cameilia y los paganos (Hch 10-11).

Signe en pie el hecho de que esta selección de los 12 no debe hacernos olvidar que su palabra es comprendida de forma extraordinaria por todos los que se agrupan a su alrededor, «llegados de todas las naciones que hay bajo el cielo»). Incluso antes de iluminar el texto por medio de otras fuentes, se puede decir que esta palabra establece una comunicación universal que permite a cada uno «oírles hablar en su propia lengua».

El texto enumera una lista de todos los que se agrupan en torno a los apóstoles. Varios exégetas

piensan que Lucas ha recogido una lista de pueblos que tenía la pretensión de agrupar al universo en su totalidad. Si, como se piensa, la lista reunía en su origen 12 naciones, correspondería a los 12 apóstoles y simbolizaría al mundo en su totalidad.

¿Qué significa hablar en lenguas?

Los exégetas han propuesto varias explicaciones de este fenómeno. Algunos han visto en él una manifestación de «glosolalia»), tal como la conocieron las iglesias de Pablo. Impregnados de un Espíritu, algunos creyentes se ponían a hablar en un lenguaje incomprensible para los demás mortales. Tan sólo Dios y un intérprete eventual podían descifrar aquel lenguaje (cf. 1 Cor 14, 27-28).

Otros han pensado que se trata aquí de algo distinto. En efecto, lo que se resalta aquí no estanto el hecho de hablar lenguas como el hecho de expresarse de una manera comprensible para todos. Con dom Dupont, podemos escoger esta segunda hipótesis: «Lucas tenía realmente la intención de dar a entender que los apóstoles hablaron en las lenguas de los diferentes pueblos con los que se relacionaban los testigos de aquella escena» (véase el recuadro adjunto).

PENTECOSTES EN LA OBRA DE LUCAS

Se ha dicho que la escritura no recoge más que la espuma de la vida. Está claro que un texto tan extraño como el de pentecostés necesita situarse debidamente en el mundo bíblico para que adquiriera todo su significado. Si recordamos que Lucas es responsable del evangelio y de los Hechos, podemos buscar algunas correspondencias entre ambas obras. Al comienzo de la vida pública de Jesús, Lucas situó la escena del bautismo. Entonces, se abrió el cielo y el Espíritu bajó sobre Jesús «con una apariencia corporal, como una paloma»), En los Hechos, los apóstoles de Jesús quedan llenos de Espíritu Santo, según la promesa que él mismo les había hecho.

PENTECOSTES y BABEL

La acción del Espíritu tiene el efecto, no ya de permitir a los oyentes comprender lo que dicen los apóstoles, sino el de hacer a los apóstoles capaces de hablar a los asistentes en su lengua. Este rasgo vale la pena subrayarlo, ya que caracteriza muy bien el universalismo de la Iglesia. Con frecuencia se compara el milagro de pentecostés con el de Babel (Gn 11, 1-9).

Antes de la construcción de la torre de Babel, todos los hombres hablaban la misma lengua, Dios diversificó las lenguas precisamente para castigar el orgullo que demostraba esta empresa. El milagro de pentecostés no restituye a los hombres aquella lengua única que habían perdido en Babel, no les da a los apóstoles esa lengua única que pudieran comprender todos sus oyentes. Les da, por el contrario, hablar a los oyentes en la lengua de cada uno, en tantas lenguas como son los países representados en el auditorio.

La acción es clara: es a la Iglesia a la que corresponde asumir todas las lenguas de los hombres, todas las culturas que tienen su expresión y su vehículo en esas lenguas. No se trata para ella de conducir a los hombres a comprender su lenguaje, sino de hablarles en la lengua que ellos tienen. Su vocación universal le impide identificarse con una cultura particular. Lo recordó el papa Juan XXIII en su discurso de apertura del concilio: «Una cosa es el depósito mismo o las verdades de la fe y otra es la forma según la cual se expresan esas verdades». La misión universal de la Iglesia le obliga precisamente a retroceder sin cesar de nuevo su mensaje para hacerlo inteligible a los hombres, entre todos los pueblos y a través de todos los tiempos, según su lengua, su cultura y sus modos de pensar. Una tarea ardua, pero precisamente para cumplirla reclbió el Espíritu Santo el día de pentecostés.

Jacques DUPONT
Assemblees du Seigneur, T 30, 34
Le Cerf, París 1970

Lucas es un historiador a quien le gustan las divisiones claras. Ha dividido la historia de la salvación en tres grandes períodos. El primero se escribió antes de él: el Antiguo Testamento. Lucas se contenta con escribir su último capítulo, que tiene como figura central a Juan bautista. Simbólicamente, coloca la escena del encarcelamiento de Juan bautista inmediatamente antes del bautismo. El segundo período comienza con Jesús: es el tiempo central de la historia, dominado por Jesús «lleno de Espíritu Santo». Lo que caracteriza a este tiempo es la reanudación del diálogo entre Dios y el hombre o, en otras palabras, la vuelta del Espíritu de Dios en medio de su pueblo.

En efecto, la tradición judía ha conservado el recuerdo de que los 150 años que precedieron a Cristo estuvieron marcados por el silencio de Dios. Un texto del Talmud (*Tosefta*, *Sota*, XIII, 2) afirma que «desde que murieron Ageo, Zacarías y Malaquías, el Espíritu Santo quedó interrumpido en Israel, aunque se les hizo escuchar algunas voces». El comienzo que se inaugura con Jesús es el retorno del Espíritu. Será necesaria la resurrección para que ese regreso se convierta en una efusión universal sobretodos los creyentes. Pentecostés es el cumplimiento de la pascua, la inauguración del tercer período de la historia, que es el tiempo del Espíritu. «El Espíritu surge de la herida abierta en el costado de Jesús, como río de agua de la boca de los creyentes» (E. Haulotte).

Del mismo modo que todo el evangelio se sitúa bajo la inspiración del Espíritu que conduce a Jesús, también el Espíritu Santo conduce a los primeros creyentes por los caminos del mundo. Es él el que conduce a Felipe y luego a Pedro en su tarea de evangelización (Hch 8, 29-39; 10, 19; 11, 12), el que inspira a los responsables de las iglesias reunidos en Jerusalén («el Espíritu Santo y nosotros mismos hemos decidido...» 15,28), el que mueve a Pablo a dejar Asia para aventurarse por Macedonia adonde lo llamaba un macedonio (16, 6-10). El vínculo entre estos tres períodos está constituido por Jesús: es él a quien anuncia Juan bautista antes de cerrar la última página del Antiguo Testamento; es él el que llena el período central; es él finalmente el que da la clave de interpretación de pentecostés, como demuestra el discurso de Pedro.

PENTECOSTES EN LA TRADICION JUDIA

Hasta ahora no hemos tenido en cuenta el contexto litúrgico en que se presenta el Espíritu. Hoy sabemos que en la época de Jesús se vivía pentecostés como el cumplimiento de pascua. En hebreo se le llamaba «el cierre de la pascua». Heredando esta tradición de los judíos, los primeros cristianos hicieron de pentecostés una fiesta pascual, prolongando durante 50 días la memoria de la pascua. Se comprende entonces fácilmente que el discurso de Pedro, del que hablaremos más adelante, vincule directamente el acontecimiento de pentecostés con la resurrección de Jesús.

Esta relación tan estrecha con la pascua permite comprender otro aspecto de la fiesta judía: ésta estaba asociada al acontecimiento del Sinaí tanto en la tradición esenia como en la rabínica. Entre los esenios, era a lo largo de pentecostés cuando los nuevos miembros se incorporaban a la comunidad y cuando los antiguos renovaban sus juramentos (en hebreo se da un juego de palabras entre fiesta de las semanas, *shabuot*, y juramentos, *shebuot*). La tradición rabínica ponía más bien el acento en la revelación, la manifestación de Dios. Filón, en su *De decalogo*, explica el fuego de la teofanía con un lenguaje muy parecido al de Lucas:

«De en medio del fuego que corría del cielo se hizo oír una voz con extrañeza de todos, ya que la llama se convirtió en una palabra articulada en el lenguaje familiar de los oyentes y lo que dijo era tan claro y distinto que creían más bien verlo que oírlo».

Otro texto, más tardío, pero arcaizado en una tradición más antigua, describe el acontecimiento del Sinaí como una revelación virtualmente universal:

«Se dijo: 'Dios tronó de una forma maravillosa con su voz' (Job 37, 5). ¿Qué es lo que significa que 'tronó'? Cuando Dios dio la Torá en el monte Sinaí hizo ver a Israel maravillas inéditas con su voz. ¿Qué es lo que pasó? Dios habló con su voz y su voz repercutió a través del mundo. Rabí Johanan dice que la voz de Dios, tal como fue pronunciada, se dividió en 70 voces, en 70 lenguas, para que todas las naciones pudieran comprenderla. Cuando cada nación oyó la voz en su

propia lengua, su alma se alejó de ella, excepto Israel que oyó pero sin verse tocado» (*Exodo Rabbah*, 5, 9).

Otro midrás subraya más bien la dimensión universal del Sinaí:

«La Torá fue dada en el desierto como un bien común, públicamente y en un lugar que no pertenecía a nadie. La Torá fue dada en tres cosas: en el desierto, en el fuego y en el agua. Lo mismo que estas tres cosas son gratuitas para todo el mundo, también la Torá es gratuita para todos los habitantes del mundo» (*Mek-hilta Yitro*, 62a).

En la medida en que estos textos (excepto el de Filón) son más tardíos que Lucas, es difícil saber si el relato de pentecostés pudo sufrir algunas influencias teológicas. Cabe pensar que, por la época de Jesús, pentecostés, asociado estrechamente a la pascua, celebraba la revelación de Dios en el Sinaí con su dimensión virtualmente universal. Cristo resucitado en la mañana de pascua llevó a cabo el universalismo que presentía la tradición rabínica. La efusión del Espíritu significa la alianza nueva con el nuevo Israel. Por otra parte, lo que estas relaciones dejan adivinar resulta manifiesto en la interpretación que da Pedro de este suceso.

LA INTERPRETACION DE PEDRO (2,14-36)

El acontecimiento en sí mismo y situado de nuevo en la interpretación judía es elocuente, pero no llega a aclararse por completo más que con la explicación que de él hace Pedro. El acontecimiento, al ser una irrupción de Dios en el mundo del hombre, exige una palabra interpretativa. Esta palabra encierra tres aspectos:

1. La comunidad del Espíritu

En tiempos del éxodo, el Espíritu de Dios se derramó, de forma provisional, sobre los 70 ancianos agrupados alrededor de Moisés (Nm 11, 24-25; cf. p. 5).

«Cuando el Espíritu descansó sobre ellos, profetizaron, pero no volvieron a hacerlo más». El mismo Moisés quiere soñar con la posibilidad de que todos pudieran ser profetas: «¡Ojalá todo el pueblo de Dios fuera profeta y le diera el Señor su espíritu!». Este sueño animará a Israel a lo largo de toda su historia; se imaginará los últimos tiempos como una efusión universal del Espíritu sobre todos los creyentes. «Después de eso, derramaré mi Espíritu en toda carne» (Jl 3,1). «Pondré mi Espíritu en vosotros y haré que caminéis según mis leyes» (Ez 36,27; cf. p. 16).

Jesús, por medio del cual empezó de nuevo el Espíritu a estar presente en el pueblo, recoge y se responsabiliza de la promesa del Padre (Hch 1,4). Y el discurso de Pedro confirma que el acontecimiento de pentecostés fue acogido como el cumplimiento de esa promesa. Pedro ilumina el acontecimiento misterioso citando ampliamente la profecía de Joel. Lo que no había sido más que parcial y provisional para la comunidad del desierto, se realiza por completo para el nuevo Israel que nace aquel día. El libro de los Hechos va a ilustrar cómo los primeros cristianos se reconocieron como la comunidad de los últimos tiempos.

2. El acontecimiento de la resurrección

Hemos subrayado anteriormente el vínculo tan estrecho entre pentecostés y la fiesta de pascua en la tradición judía. El discurso de Pedro adquiere su sentido en esta identificación entre pascua y pentecostés. El suceso del que acaban de ser testigos los judíos es la consecuencia natural y prevista por Dios, desde toda la eternidad, de la muerte y de la resurrección de Jesús (Hch 2, 22-24). «Las maravillas de Dios» que proclamaban los apóstoles (2, 11) se realizaban ya en Jesús, «ese hombre que Dios había acreditado entre vosotros realizando por medio de él milagros, prodigios y signos en medio de vosotros» (Hch 2, 22).

Muerte y resurrección de Jesús: he aquí la nueva alianza de Dios con los hombres, el cumplimiento y la superación de la revelación del Sinaí. También en este caso la relación que habían establecido ya antes los

judíos entre pentecostés y el don de la ley se acomoda naturalmente al discurso cristiano. El don del Espíritu derramado sobre todos, en la muerte y la resurrección de Jesús, da nacimiento a la comunidad de la alianza nueva, en la que el Espíritu se les da a todos ya cada uno de sus miembros.

3. El nuevo Israel

El discurso de Pedro demuestra muy bien el esfuerzo que tuvieron que hacer los primeros cristianos para reconocer en la aventura trágica de Jesús el cumplimiento de las Escrituras. No podría soportarse la novedad absoluta, sobre todo si pensamos en que consagraba como normativo el recorrido de un derrotado. Sin embargo, ese recorrido doloroso es el que se convierte para los primeros cristianos en la clave que abre las Escrituras: «¿No era necesario que Cristo sufriera para entrar en la gloria? Y empezando por Moisés y portados los profetas, les explicó *todo lo que e refería a él* en las Escrituras» (Lc 24, 26s). En esta recuperación de las Escrituras, los primeros cristianos pondrían de manifiesto y subrayarían los filones olvidados o escondidos que narran la historia de otros derrotados, como esos justos perseguidos de los salmos o ese gran vencido de la historia que es el siervo doliente de Isaías 53. Bajo esta luz es como hay que leer la argumentación de Pedro a partir del Salmo 16: «En efecto, David dijo de él: No dejarás a tu santo conocer la descomposición» (Hch 2, 24-28).

Los vv. 37-41 constituyen la conclusión normal de pentecostés. El Espíritu no es un simple fenómeno extático que transformaría al hombre de una forma exterior y arbitraria. «¿Qué hemos de hacer?». Para recibir el Espíritu, hay que convertirse y agregarse a la nueva comunidad de los últimos tiempos por el bautismo: «Convertíos; que cada uno de vosotros reciba el bautismo en nombre de Jesucristo para el perdón de sus pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hch 2,38).

Alain MARCHADOUR

EL PENTECOSTES DE LOS PAGANOS

Ueh 10

1 Había en Cesarea un hombre llamado Camelia... 3 Tuvo una visión. El ángel de Dios le dijo: s «Manda unos hombres a Joppe y haz venir a Simón apodado Pedro...».

25 Cuando entró Pedro, Camelia fue a su encuentro y, cayendo a sus pies, se postró ante él. 26 Pero Pedro le dijo: «Levántate; tampoco yo soy más que un hombre. 28 Sabéis que le está absolutamente prohibido a un judío tratar con un extranjero o entrar en su casa. Pero Dios acaba de mostrarme que no hay que llamar a nadie sucio o impuro...».

(Cuando Camelia contó la visión que había tenido), 34 Pedro tomó la palabra y dijo: «Compruebo realmente que Dios no tiene acepción de personas, 35 sino que en toda nación le resulta agradable todo el que le teme y practica la justicia. 36 El envió su palabra a los hijos de Israel, anunciándoles la buena nueva de la paz por medio de Jesucristo; él es el Señor de todos. 37 Ya sabéis lo que ocurrió en toda Judea: Jesús de Nazaret, sus comienzos en Galilea... 39 Y nosotros todos somos testigos de lo que hizo en el país de los judíos y en Jerusalén. A quien llegaron a matar colgándolo del patíbulo 40 Dios lo resucitó el tercer día y le concedió manifestarse 41, no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había escogido de antemano, a nosotros que hemos comido y bebido con él después de su resurrección de entre los muertos».

44 Seguía Pedro hablando todavía, cuando el Espíritu Santo descendió sobre todos los que escuchaban su palabra. 45 Y todos los creyentes circuncisos que habían venido con Pedro quedaron estupefactos al ver que se había derramado también sobre los paganos el don del Espíritu Santo. 48 En efecto, les oían hablar en lenguas y magnificar a Dios. Entonces Pedro declaró: 47 «¿Es posible negar el agua del bautismo a los que han recibido el Espíritu Santo lo mismo que nosotros?». 48 Y ordenó bautizarlos en el nombre de Jesucristo. Entonces le pidieron que se quedara unos cuantos días con ellos.

La escena de pentecostés inaugura un mundo nuevo, engendrado en la muerte y la resurrección de Jesús. La difusión del Espíritu sobre los apóstoles, y

luego sobre todos los testigos que representaban a las doce naciones del mundo universal, hace nacer a la comunidad de los últimos tiempos. Esta comunidad

es en principio universal, sin fronteras étnicas, religiosas, raciales. Pero a menudo hay una gran distancia del principio a los hechos, como lo demuestran las dificultades de las primeras comunidades en ampliarse más allá del círculo judeo-cristiano. El relato del encuentro de Pedro con Cornelio desempeña aquí una función esencial, ya que prolonga la obra comenzada el día de pentecostés.

Este episodio ocupa un gran lugar en los Hechos, ya que es el relato más largo del libro, lo cual indica su importancia a los ojos del narrador.

UN RELATO AGITADO

A diferencia de pentecostés, más estático, este relato está construido alrededor de numerosos desplazamientos: unos verticales (del cielo hacia la tierra) y otros horizontales (el encuentro de los hombres entre sí). La comunicación del cielo con la tierra precede y provoca las comunicaciones entre los hombres: es el ángel de Dios el que le pide a Cornelio que vaya a buscar a Pedro (10,5); el Espíritu le indica a Pedro que siga a los dos enviados de Cornelio, pues «yo soy el que los envía (10,20). De Cesarea a Joppe, de Joppe a Cesarea, de Cesarea a Jerusalén: por la intervención de Dios (de su ángel o de su Espíritu), los hombres entran en relación entre sí y se ponen a hablar unos con otros.

UN RELATO REPETITIVO

Este relato tan largo tiene otra característica: está hecho de numerosas repeticiones. Lucas, el autor de los Hechos, nos tiene acostumbrados a este procedimiento, ya que cuenta por tres veces la conversión de Pablo. Aquí no cesa de contar los mismos hechos, casi siempre con las mismas palabras. El narrador cuenta la visión de Cornelio (10,3-6), Cornelio se la cuenta (en resumen) a sus criados (10,8), los criados se la cuentan a Pedro (10, 22) y Cornelio una vez más se la repite a Pedro (10, 30-33), que a su vez se la vuelve a contar a los apóstoles y a los hermanos de Judea (11, 13-14). También cuenta por dos veces la visión de Pedro. ¿Por

qué este fenómeno de repetición y esta redundancia si nosotros, los lectores del relato, estamos ya bien informados de todo? Se puede pensar ante todo en una especie de balbuceo ante la acción maravillosa de Dios: nunca se acaba de celebrar las maravillas de Dios. Pero también es posible otra explicación. Si se comparan las diversas versiones del relato, se observan pocas transformaciones: lo que cambia en cada ocasión son los *interlocutores*. En cada ocasión, las revelaciones de Dios provocan una relación nueva de los hombres entre sí. Esta es sin duda la originalidad y la función de estas repeticiones: lo que tiene lugar en este relato es la celebración de una comunicación cada vez más amplia.

UN RELATO DE CREACION

Estos dos capítulos nos hacen asistir al nacimiento de algo nuevo. Es sin duda la irrupción de Dios en el mundo de los hombres lo que está en el origen de todas las peripecias del relato: el ángel de Dios envía a buscar a Pedro a Joppe, Dios le concede a Pedro una visión que hace pensar en la lista de animales de Gn 1 y luego en el momento del diluvio (Gn 6, 20). Por la palabra de Dios se establece un nuevo orden de cosas: «Deja de declarar impuro lo que Dios ha hecho puro». Lo que sigue del relato nos permite decir que este acto de Dios se realiza en el acto histórico de la muerte-resurrección de Jesús, por quien comienza entre los hombres una comunidad nueva.

AQUEL POR QUIEN SE REALIZA LA NUEVA CREACION

En la primera parte del relato no se menciona nunca a Jesús, como tampoco se le había mencionado en el acontecimiento de pentecostés. Es Dios (su ángel, o su espíritu) el que está en el origen de la creación nueva.

Jesús aparece en el discurso de Pedro en casa de Cornelio (10, 34-43). Los acontecimientos relatados con tantos detalles encuentran aquí su explicación. La uni-

versalidad descrita anteriormente se explica por la persona de Jesús: «Dios ha enviado su palabra a los hijos de Israel, anunciándoles la buena noticia de la paz por Jesucristo; él es *el Señor de todos*» (10, 36). Los judíos y los paganos no se sitúan ya en términos de exclusión, sino en términos de intermediario. Jesús de Nazaret, arraigado en la geografía y en la historia (Jesús de *Nazaret*, sus comienzos en *Galilea*, después del bautismo predicado *por Juan*), se convierte por su muerte y su resurrección en el signo de lo universal: «Nos ha ordenado proclamar al pueblo y atestiguar que él es el juez establecido por Dios *para los vivos y los muertos*» (10, 43).

De este modo, la predicación de Pedro hace aparecer algo esencial: Jesús es el enviado por el que Dios hace surgir una comunidad con las dimensiones de la humanidad entera. En el hecho de su resurrección se explicita un nuevo criterio de pertenencia a Dios: en adelante, las leyes que determinan la convivencia no son ya de orden ritual (puro e impuro, circuncisión). La comunidad de los creyentes se reconoce por el doble criterio del «tema) y de la «justicia»: «En cualquier nación le resulta agradable todo el que lo teme y practica la justicia» (10, 35).

EL VERDADERO PENTECOSTES (10, 44-48)

La iniciativa de Dios sigue estando presente hasta el final del relato: «Seguía Pedro hablando todavía,

cuando el Espíritu descendió sobre los que escuchaban la palabra». Este signo reproduce (ampliándolo a los paganos) el primer pentecostés, reservado a los judíos: encontramos en él el mismo don de lenguas, la misma acción de gracias y el bautismo. El acontecimiento de la habitación de arriba había 'roto ya las fronteras, puesto que «cada uno les oía proclamar en sus lenguas las maravillas de Dios», pero se trataba tan sólo de judíos. Aquí son también los paganos los que gozan de este beneficio.

El Espíritu está en el origen de una doble comunicación: horizontal «des oían hablar en lenguas») y vertical «des oían glorificar a Dios»).

El bautismo, con que termina el relato, es una especie de reconocimiento: la integración oficial en la comunidad de aquellos que acaban de recibir el Espíritu: «¿Es posible negar el agua del bautismo a los que han recibido el Espíritu Santo lo mismo que nosotros?» (10,47).

El bautismo sustituye al rito de la circuncisión. Dado en nombre de Jesús, hace entraren una comunidad sin fronteras, abierta a todos aquellos que confiesan que Jesús es Señor.

Alain MARCHADOUR

EL ESPIRITU SANTO EN PABLO

1 Cor 12-14 y Rom 8

Siempre resulta difícil hablar del Espíritu Santo, incluso para Pablo. Y esto, aunque el apóstol nos ofrezca algunas enseñanzas sobre él, y no ya solamente una experiencia del Espíritu al estilo de Lucas, sobre todo en los Hechos. Resulta difícil hablar del Espíritu, es decir, de aquel que es precisamente la fuente de la palabra cristiana. Ya en la Escritura, bajo la antigua alianza, el Espíritu estaba ligado directamente a la profecía, es decir, a la palabra de revelación en su brotar desbordante bajo la dirección del Espíritu. Todavía hoy, el Espíritu mismo de Jesús sigue estando eminentemente ligado a la palabra nueva, incluso en la plegaria que desde entonces se hace bajo el influjo de aquel que ora en nosotros: «Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que grita: «¡Abba, Padre!» (Gál 4, 6). Aquel en quien tiene su origen nuestra palabra cristiana no se define a sí mismo. El lenguaje que intenta designarlo en su misma acción falla de alguna manera en todos los aspectos. Y sin duda es ésta una de las razones de esta aparente anarquía en donde se mueven las menciones del Espíritu, bajo forma de migajas o de elementos apenas esbozados, recogidos en el corpus paulina tomado en sentido amplio. Con el Espíritu estamos tocando en el

más allá del lenguaje. Los glosolalas de Corinto, que hablaban en lenguas, lo sabían perfectamente, ya que su lenguaje «espirituabl se desbordaba en todos los sentidos.

Encontramos en Pablo, al menos en todo el corpus tradicional de las cartas que se le atribuyen, unas 146 menciones de la palabra pneuma. Esta palabra griega, que significa originalmente un soplo de aire, designa ahora, según los casos, el espíritu del hombre o el Espíritu Santo. El lector del texto griego del Nuevo Testamento sabe la dificultad que entraña su traducción en muchos casos: ¿cuándo hay que escribir la palabra con mayúscula o con minúscula? A veces es casi imposible tomar una decisión, dado el hecho de que el Espíritu del Señor impregna profundamente al espíritu cristiano: «Vosotros estáis en el espíritu, porque el Espíritu de Dios habita en vosotros» (Rom 8, 9). Las menciones más abundantes del pneuma-espíritu se encuentran en la primera carta a los corintios y en la carta a los romanos; entre las 34 y las 40 menciones que se leen respectivamente en Rom y en 1 Cor, 18 y 22 de ellas parecen designar al Espíritu Santo. Fuera de Ef, los escritos atribuidos a Pablo son relativamente más discretos.

EL ESPIRITU EN CORINTO (1 Cor 12-14)

Después de 1 Cor 8-11, 34 sobre los banquetes paganos (las carnes ofrecidas a los ídolos) y el banquete cristiano, el conjunto 12-14 toca el tema de los carismas. En Corinto se presentaban algunas dificultades en este sentido; dos carismas, especialmente relacionados con la comunicación de la palabra, plantea-

ban problemas a la comunidad: la oración de los 910-solaras y la profecía. El apóstol intenta entonces dar unos consejos «para que todo se haga convenientemente y con orden» (1 Cor 14,40). La vida comunitaria en Corinto es ciertamente desbordante y la acción es dinámica, pero falla la palabra. Los dos carismas en

cuestión son calificados como «espirituales» (literalmente, «pneumáticos», esto es, como dones del pneuma-espíritu), según se ve en 1 Cor 12, 1 Y 14, 1.37. Hemos de comprender bien este vocabulario un tanto extraño. En griego, la palabra charisma-carisma significa un regalo o un don; en Pablo, indica un don recibido de Dios, a la vez personal y de alcance comunitario con vistas a la construcción eclesial. El carisma puede significar entonces un don excepcional (por ejemplo, un carisma de curación), pero también cualidades llamadas naturales o gracias de estado, concedidas por Dios a cada cristiano y puestas en acción para «la construcción de la iglesia» (1 Cor 14,5.12.26). El caso de los carismas llamados espirituales (o «pneumáticos») es más especial; concierne directamente a la palabra pronunciada bajo el influjo del Espíritu, es decir, la palabra que va «de nosotros a Dios», es decir la oración, así como la palabra que va «de Dios a nosotros», o sea la revelación profética. De antemano puede decirse, según Pablo, que el Espíritu está en la fuente de la palabra y del obrar cristiano, en el decir y el hacer de aquel que vive ya «en el espíritu» y por tanto «en el Espíritu». Si algo cojea en la vida del cristiano o en la vida comunitaria, inmediatamente se resiente el Espíritu. Consideremos rápidamente la or-

ganización de los c. 12-14, antes de concretar un poco más el papel del Espíritu según unos cuantos elementos escogidos.

Para reducir las tensiones producidas por el ejercicio de los carismas llamados «pneumáticos» (glosolalia y profecía), Pablo señala primeramente lo que ocurre con los carismas en general (1 Cor 12), para elevar luego el pensamiento hasta la cima de la agapé-amor (1 Cor 13), y volver posteriormente a los dones espirituales en discusión y regular mejor su ejercicio (1 Cor 14). El c. 12, que retendrá especialmente nuestra atención, puede a su vez dividirse de esta manera:

- 1) 1 Cor 12, 1-3: el Espíritu y la coherencia de la palabra cristiana;
- 2) 4-11: la diversidad de los dones-carismas y la unidad del Espíritu;
- 3) 12-26: la diversidad de los miembros de un cuerpo y la unidad del cuerpo;
- 4) 7-31: la diversidad de los miembros del cuerpo de Cristo y la unidad del cuerpo de Cristo.

Como vemos, todo el capítulo se organiza en torno a la pareja antitética: lo uno y lo múltiple. Por otra parte, es éste un tema muy querido para el apóstol, tanto en 1 Cor 10, 17 como en Rom 5, 12.

EL ESPIRITU Y LA COHERENCIA DE LA PALABRA (1 Cor 12, 2-3)

2 Sabéis que, cuando erais paganos, íbais hacia los ídolos mudos, como arrastrados a la deriva. 3 Por eso os lo doy a conocer: nadie, al hablar por el Espíritu de Dios, dice: «¡Afuera Jesús!», y nadie puede decir: «Jesús es Señor!», si no es por el Espíritu Santo.

Es una frase extraña. Pablo se dirige a los corintios, entregados antes a los ídolos, sin consistencia real y sin palabra. Al hacerse cristianos, pueden hablar. Pero esto no les autoriza a decir cualquier cosa, ya que lo que dicen tiene al Espíritu por principio. El Espíritu está en la fuente de la palabra cristiana. Quizás alude aquí el apóstol a algunos corintios «entusiastas» que

seguirían imitando los transportes extáticos de los fieles de ciertos cultos paganos. Perdiendo el control de sus facultades, invadido por un falso espíritu, «como arrastrado» en una especie de arrebatado falsamente místico, el corintio se hundiría entonces en la incoherencia verbal. Pablo rechaza semejante falta de pudor y forzando a su vez la situación pone en violenta

contradicción dos ejemplos de palabra: una incoherente y otra coherente con el Espíritu de Dios. Pablo escoge su ejemplo de incoherencia en lo más violento que hay en el lenguaje bíblico del anatema: «¡Afuera Jesús»; y en antítesis toma como ejemplo de coherencia la confesión más elevada de fe: «¡Jesús es Señor!». Así, pues, el Espíritu y la palabra auténticamente cristiana están ligados entre sí. El cristiano tiene que rechazar la incoherencia de una palabra que no tuviera al Espíritu por principio y debe reconocer al Espíritu en la fuente misma de su nueva palabra, a ejemplo de su

plegaria pronunciada también por el Espíritu (Gá14, 6).

Pero hay que rechazar la cacofonía, incluso en las manifestaciones de glosolalia evocadas anteriormente. Pablo sigue reconociendo la diversidad cristiana en la unidad del Espíritu, sin llegar ni mucho menos a una especie de uniformidad en la lengua. La unidad del Espíritu se manifiesta por otra parte en la diversidad misma de sus dones-carismas, y no en un monolitismo engañoso de la palabra y de la acción. Leamos a este propósito 1 Cor 12, 4-11.

LA DIVERSIDAD DE CARISMAS V LA UNIDAD DEL ESPIRITU (1 Cor 12, 4-11)

4 Hay ciertamente distribución de dones, pero el **Espíritu** es el mismo; 5 y hay distribución de servicios, pero el Señor es el mismo; 6 y distribución de realizaciones, pero es el mismo Dios el que lo produce todo en todos. 7 A cada uno se le da la manifestación del **Espíritu** con vistas al provecho de todos. 8 En efecto, a uno se le da por el **Espíritu** una palabra de sabiduría y a otro una palabra de ciencia, según el mismo **Espíritu**; 9 a otro la fe por ese mismo **Espíritu**; 10 luego a otro el poder de obrar milagros, a otro la profecía y a otro la interpretación de **espíritus**; a otro las diversas clases de lenguas y a otro la interpretación de las lenguas. 11 Pero todo esto lo produce el mismo y único **Espíritu**, repartiendo a cada uno su parte según quiere.

De este modo, todo tiene sus raíces en la unidad del Espíritu: «es el mismo Espíritu» (v. 4), «el mismo y único Espíritu» (v. 11). Pero este Espíritu reparte (la palabra griega evoca la idea de dividir y de distribuir) sus múltiples dones-carismas. Por lo demás, Pablo no hace entonces más que constatar la gran diversidad de la comunidad corintia, en la que cada uno es más o menos experto en varios terrenos. Los carismas son abundantes. Pero es menester que semejante diversidad no se pierda en una dispersión, o por el contrario que una unidad ilusoria no produzca la parálisis de todo el grupo. Por eso, el apóstol subrayará a la vez el movimiento que debe llevar a la unidad del Espíritu la

multiplicidad de las cualidades personales (v. 4) y el movimiento que, desde el único Espíritu, produce la multiplicidad de dones atribuidos a cada uno (v. 11). Este doble movimiento de lo «uno» hacia lo «múltiple», y al revés, sigue inspirando también el siguiente v. 12: «En efecto, el cuerpo es uno, aunque tiene varios miembros; pero todos los miembros del cuerpo, a pesar de su número, no son más que un solo cuerpo». Este elemento-programa inaugura el desarrollo que sigue sobre la unidad y la diversidad del cuerpo de Cristo, es decir, de la iglesia.

Pues bien, desde los v. 4-11, esta unidad en la diversidad o esta diversidad en la unidad (nos encon-

tramos aquí dentro de un problema que sigue siendo muy actual) encuentran su secreto en Dios: en el Espíritu que reparte sus dones, en el Señor que rige los servicios o ministerios, y finalmente en Dios (o sea, en el Padre según el lenguaje paulino) que produce todo en todos. La unidad y la multiplicidad eclesial deben ser a imagen misma de Dios. Y en esta inmensa distribución no se olvida al más pequeño de los cristianos: cada uno se ve individualmente afectado por «su parte») (v. 11). Tales son estos versículos extraordinarios que, con unas breves palabras, ponen las bases de toda una teología de la iglesia centrada en el Espíritu, dentro del marco trinitario. No cabe duda de que el pensamiento cristiano occidental, absorbido demasiado exclusivamente por una teología de la iglesia de tipo cristológico y monárquico, no ha sabido siempre explotar los tesoros del Espíritu como la iglesia oriental. Sin embargo, ¿cómo pretender trabajar por el ecumenismo olvidando al Espíritu Santo, en la unidad y la multiplicidad de sus manifestaciones?

De hecho, el v. 7 que precede da una de las definiciones más bellas del cristiano: el que, imbuido del Espíritu, debe manifestar al Espíritu y hacerlo de alguna manera *visible* en *toda* su *ser* para el *bien* de todos. Debe ser una «manifestación del Espíritu»). A cada uno sin excepción se le conceden los dones-carismas («por») el Espíritu y («para») la manifestación del Espíritu. Semejante manifestación individual y comunitaria exige el doble movimiento que antes evocábamos: de la diversidad a la unidad y de la unidad a la diversidad. Los cristianos que, en su diversidad, no buscan incansablemente la unidad, no están en el Espíritu. La autoridad eclesial que, con la única preocupación de la unidad, no se abre a la diversidad, tampoco está en el Espíritu. También la **diversidad** es un valor del Espíritu, con la condición de que apunte hacia la unidad.

De este modo, para Pablo, la diversidad de los miembros debe buscar la unidad, una unidad que se basa radicalmente en el Señor y en el Espíritu. Por otra parte, los dos gestos cristianos fundamentales lo ponen perfectamente de manifiesto: la eucaristía según 1 Cor 10, 16-17 y el bautismo según 1 Cor 12, 13: «Por eso, todos hemos sido bautizados en un único Espíritu para no formar más que un único cuerpo. Judíos o griegos, esclavos u hombres libres, todos hemos be-

bido de un solo Espíritu»). Para iluminar un versículo tan denso, habría que hablar largo y tendido de la historia y del sentido del gesto bautismal. Subrayemos solamente que este gesto vincula a cada uno con Jesús en el Espíritu para constituir la comunidad nueva en el único cuerpo de Cristo. Lo mismo que la eucaristía, el bautismo engendra la unidad.

DOS CARISMAS EN DISCUSION

Una unidad tan radicalmente basada en Cristo y en el Espíritu tiene que encontrar su expresión en la diversidad misma de los hombres y de las nuevas comunidades. «El mismo y único Espíritu») está pidiendo la multiplicidad de sus manifestaciones. Las listas de los dones-carismas lo demuestran muy bien, como se ve en 1 Cor 12, 8-10.28-31; 13, 1-3.8-9; 14, 6.26 y Rom 12, 6-8. Estos carismas se refieren a la palabra nueva, a la ayuda mutua, al servicio de la mesa, a la salud (las curaciones y los milagros) y finalmente a todo lo que afecta a la dirección de una comunidad determinada. Así, en fos grupos paufinos fos «ministerios») eran numerosos y estaban diversificados, las denominaciones seguían siendo dúctiles, sin llegar aún a esas concentraciones posteriores que producirán los grados ministeriales que se conocieron luego.

Entre estos carismas hay dos que resultan especialmente difíciles en Corinto y que afectan directamente al trabajo de la palabra que tiene como principio al Espíritu. Se trata de los carismas llamados «pneumáticos»): por una parte, la plegaria glosolala, en una palabra que, mediante el Espíritu, se dirige desde nosotros hacia Dios; por otra parte, la profecía, en una palabra que, mediante el Espíritu, nos revela los designios de Dios. Pues bien, por un lado, la plegaria de los glosolalas no se hace como es debido, sino en detrimento de la comunidad; su plegaria, auténticamente marcada por el Espíritu, no desemboca sin embargo en un lenguaje claro como plegarias que puedan escuchar los demás, y capaces de construir verdaderamente la comunidad. Por otro lado, el profeta cristiano, ese portavoz auténtico de Jesús, podía sin embargo lanzar una palabra de revelación un tanto

extravagante en la que no se reconocía a sí misma la comunidad. La palabra entusiasta del glosolala tenía que «clarificarse»; la palabra del profeta tenía que «purgarse». Pues bien, en Corinto se había llegado a una situación muy extraña: el Espíritu hablaba auténticamente por el glosolala y el profeta, pero la iglesia no se edificaba con ello.

Le toca entonces a Pablo reglamentar y planificar de alguna manera al Espíritu. Le agrega a cada uno de los dos carismas defectuosos otros dos carismas que les acompañen: «la interpretación de lenguas») para que la oración glosolala pueda en adelante decirse en una lengua comprensible para todos, y «el discerni-

miento de espíritus» para distinguir en la revelación profética lo que edifica efectivamente a la iglesia: «los espíritus de los profetas están sometidos a los profetas» (1 Cor 14, 32). Una palabra pronunciada «en nombre de Dios» en la iglesia, por cualquier autoridad que sea, debe someterse también a la prueba de la recepción eclesial. De este modo, el Espíritu, ese principio radical de la unidad comunitaria, está también en la fuente de la diversidad eclesial. Pero esta misma diversidad, bajo el dominio del Espíritu, tiene que regularse a su vez dentro del único cuerpo de Cristo para servir verdaderamente a la construcción de todo el conjunto.

LA VIDA EN EL ESPIRITU (Rom 8)

Rom 8 constituye el otro lugar importante sobre el Espíritu; se van sucediendo unas diez menciones del mismo. Para situarlo debidamente, habría que recordar el esquema general de la epístola y destacar en particular las menciones del Espíritu que se leen al principio de la misma (Rom 1,4: «establecido Hijo de Dios con poder según el Espíritu») y al final, antes de la carta que acompaña actualmente a la epístola (Rom

15,30: «por el amor del Espíritu»). Habría que estudiar igualmente el c. 7 que le precede, ya que Rom 7 y 8 forman de alguna manera como las dos caras de una misma moneda: desde la liberación de la ley hasta la vida del Espíritu. Contentémonos con recordar unos cuantos elementos de 8,1-30 en donde se trata directamente del Espíritu, antes del canto de victoria de los v.31-39.

LA LEY Y EL ESPIRITU DE VIDA (Rom 8, 1-2)

¹ Así, pues, no hay ahora ninguna condenación para los que están en Cristo Jesús. ² Porque la ley del **Espíritu de vida** en Jesús te ha liberado de la ley del pecado y de la muerte.

A la cuestión final del capítulo anterior (¿«Quién me libraré de este cuerpo de muerte?»: 7, 24), responde Pablo designando al Espíritu que da la vida en Jesucristo. En la cruz, el régimen de la ley, que desem-

boca irremediabilmente en el pecado, está ya totalmente caducado. En adelante, está en obra otro principio de salvación que en esta ocasión se designa como «la ley del Espíritu». Esta expresión resulta extraña

después de la desvalorización que ha realizado Pablo de la categoría legal. Pero el contraste se hace precisamente ahora más impresionante al enfrentar los dos regímenes religiosos: el régimen de la ley del pecado y el del Espíritu de vida. Se lleva a cabo un cambio del pecado a la salvación, de la muerte a la vida o de la letra a «da novedad del espíritu» (Rom 7, 6). El Espíritu se muestra ahora ligado a la salvación por medio de la cruz del resucitado, que perdona el pecado y da la vida nueva. El Espíritu es como otra palabra para significar la vida nueva sacada de la resurrección del Señor. Entonces, si Jesús ha sido «establecido Hijo de Dios con poder según el Espíritu de santidad», como consecuencia de su resurrección de entre los muertos (Rom

1,4), también el cristiano pasa a ser lo que realmente es «por el Espíritu Santo que se nos ha dado») (Rom 5, 5). En Pablo, ese don del Espíritu forma un solo cuerpo con la vida cristiana desde el primer momento, arraigada en el acontecimiento de la cruz y resurrección del Señor. Como es sabido, el apóstol no habla nunca de pentecostés según el estilo de Lucas. En él, la experiencia del Espíritu está vinculada al acontecimiento de pascua. De este acontecimiento brota el Espíritu del resucitado que llama al cristiano a una vida nueva, templada en el Espíritu. Por tanto, no hay que portarse «según la carne, sino según el espíritu») (8, 4). Este punto es el que subrayan perfectamente los v. 5-11 que siguen.

LA CARNE Y EL ESPIRITU (Rom 8, 5-11)

5 Pues los que viven según la carne piensan en las cosas de la carne; los que viven según el espíritu, en las cosas del espíritu. 6 Porque los pensamientos *de la carne son muerte; los pensamientos del espíritu son vida y paz.* 7 Por eso los pensamientos de la carne son hostiles a Dios, porque no se someten a la ley de Dios, ni siquiera son capaces de someterse. 8 Por consiguiente, los que están en la carne no pueden agradar a Dios. 9 Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, si es cierto que el Espíritu de Dios habita en vosotros. Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece. 11 Y si el Espíritu de aquel que levantó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, aquel que levantó de entre los muertos a Cristo Jesús hará vivir también vuestros cuerpos mortales por medio de su Espíritu que habita en vosotros.

Para describir mejor la vida en el Espíritu, Pablo opone enérgicamente las dos categorías de «carne») y «espíritu»: la carne designa esa tendencia personal de resistencia a Dios, que arrastra a la muerte; el espíritu es el nuevo principio de acción que apunta hacia la vida. Pero ese espíritu no es auténtico más que en la medida en que se encuentra como impregnado del Espíritu mismo de Dios. La presencia o la habitación de ese Espíritu en el espíritu del cristiano señala preci-

samente la pertenencia verdaderamente cristiana, ya ahora y mañana más todavía, cuando Dios por su Espíritu resucite a los cristianos. Porque ya están dadas las arras del Espíritu, esa garantía de la presencia del Espíritu, incluso antes del tiempo de la plenitud: Dios «nos ha marcado también con un sello y ha puesto en nuestros corazones las arras del Espíritu») (2 Cor 1,22; cf. también 5, 5 Y Ef 1,13-14). Gracias al Espíritu, la escatología está ya en parte «realizada»), aun cuan-

do tengamos que seguir esperándolo todo en la resurrección final. Esta misma idea se expresa en Rom 8, 23: «También nosotros poseemos las primicias del Espíritu, es decir los primeros frutos de una vida impregnada ya por el Espíritu. El Espíritu ha construido ya su morada: «¿No sabéis que sois un santuario de Dios y que el Espíritu habita en vosotros?») (1 Cor 3, 16; 6, 19; 2 Cor 6, 16; Rom 8, 9.11). Y al mismo tiempo la vida cristiana sigue estando bajo el signo de la espera y de la esperanza: «...También nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior en la espera de la adopción, del rescate de nuestros cuerpos. Porque en esperanza es como hemos sido salvados») (Rom 8, 23-24).

Por otra parte, hemos de observar en Rom 8, 9 las dos expresiones «el Espíritu de Dios» y «el Espíritu de Cristo». En estos casos, es notable la variedad de las expresiones paulinas. La palabra Espíritu puede ser utilizada sola, sin calificativo alguno, como en Rom 8, 16.23.26-27; 15,30; 1 Cor 2,10; 12,4-11, etc. Pero lo más ordinario es que reciba algún calificativo:

1) primero, el de la santidad: «*el Espíritu de santidad*» (Rom 1,4) Y más aún (*el Espíritu Santo*) (Rom 5, 5; 9, 1; 14, 17; 15, 13.16; 1 Tes 1,5-6; 4,8; 1 Cor 6,19);

2) luego, el de su vínculo inmediato con Dios: (*el Espíritu de Dios*) (Rom 8,14; 1 Cor 2,11.14; 3, 16; 6, 11; 7, 40; 12, 3; 2 Cor 3, 3) o (*el Espíritu de aquel que...*), a saber el Padre, como en Rom 8, 11;

3) finalmente, el de su relación con el Señor: (*el Espíritu de Cristo*) (Rom 8, 9; Flp 1, 19), (*el Espíritu de su Hijo*) (Gál4, 6), «*el Espíritu del Señor*,») (2 Cor 3,17).

Semejante variedad de expresiones tiene gran importancia teológica para indicar a la vez la unidad y la distinción del Espíritu respecto al Padre (el «Dios» de Pablo) y al Señor Jesús. Conviene destacar en particular que, si el Espíritu es ciertamente el Espíritu del

Señor resucitado, hay que respetar sin embargo una distinción entre ellos: el Espíritu permite reconocer y confesar a «Jesús Señor» (1 Cor 12, 3). Esta distinción es también clara en Rom 8, 11, que leíamos antes: «Si el Espíritu de aquel (Dios) que levantó a Jesús de entre los muertos...». Por tanto, el Espíritu no es pura y simplemente una manera distinta de designar al resucitado en su presencia o en su acción eclesial, aun cuando las acciones o los frutos de la salvación se le atribuyan de forma equivalente tanto al Señor como al Espíritu. Así se anima a los cristianos a «estar en Cristo» (1 Cor 1,30) o a «estar en el Espíritu») (Rom 8, 9); y todos son justificados «por el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios» (1 Cor 6, 11). En resumen, se da un paralelismo evidente entre las obras del Señor y el trabajo del Espíritu, sin que haya que identificarlos ni mucho menos. Si Cristo resucitado «no es ya» el Jesús nazareno de antes de pascua, tampoco es el Espíritu de Dios. ¿Habrá que añadir que el famoso texto de 2 Cor 3,17 («el Señor es el Espíritu») no destruye la distinción que hemos establecido? En el versículo precedente (v. 16), Pablo cita la Escritura según Ex 34, 34: «Cuando uno se vuelve hacia el Señor, se le quita el velo». La conversión abre los ojos y permite reconocer la acción del Espíritu. Efectivamente, el apóstol practica aquí el midrás, la interpretación llamada peshet, al estilo de las gentes de Qumrân, identificando al Espíritu en el «Señor» de que nos habla el texto bíblico mencionado. No cabe duda de que generalmente el título señorial se le aplica a Cristo en san Pablo: Jesús es Señor. Pero cuando el apóstol recoge un texto de la Escritura, la palabra Señor suele designar a Dios (Rom 4, 8; etc.) o al «Espíritu» en 2 Cor 3,17: «El Espíritu del Señor (Jesús)» es el Señor del que habla la Escritura.

HIJO DE DIOS (Rom 8, 14-16)

14 En efecto, todos los que son llevados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. 15 Por eso no habéis recibido un espíritu de servidumbre para recaer en el miedo, sino que habéis recibido un espíritu de adopción filial, por

el que gritamos: ¡Abba, Padre! ¹⁶ El mismo Espíritu atestigua con nuestro espíritu que somos hijos de Dios.

En Gál 3, 26, escribe Pablo: «Pues todos vosotros sois hijos de Dios por medio de la fe en Cristo Jesús». Por tanto, los creyentes quedan situados como hijos respecto al Padre: aquel que entregó a su Hijo ha querido hacer de nosotros hijos suyos. En Rom 8, 15, se subraya de forma particular la acción del Espíritu en este caso, dado que el cristiano tiene que haber recibido «un espíritu de adopción filial», hasta el punto de haberlo experimentado íntimamente en su espíritu gracias al Espíritu. Se observará aquí la palabra «adopción», un término sacado del lenguaje jurídico helenista, desconocido en la Escritura y utilizado raras veces en el Nuevo Testamento (Rom 8, 16.23; Gá14, 5 Y Ef 1, 5). Pablo no vacila en utilizar esta palabra del mundo helenista, ya que es capaz de traducir mejor con ella una realidad nueva. En Gál 4, 5-6, el apóstol expresa un pensamiento análogo: «... para que recibiéramos la adopción. Y como sois hijos, Dios ha enviado a *nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que grita: ¡Abba, Padre!*». Tenemos aquí la plegaria cristiana por excelencia, la misma que Jesús dirigió a su Padre. Se observará la utilización del término arameo *abba*, traducido por padre (más exactamente: «papá»). De esta manera, Pablo da ejemplo de una plegaria glosolala, en un lenguaje «extraño», incomprensible para un griego, pero acompañándolo de una clara interpretación. Pablo aplica aquí lo que les exigía a los corintios en 1 Cor 14.

Finalmente, como ya se ha dicho anteriormente, es el Espíritu el que ora en el cristiano: «Del mismo modo, el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad. Porque no sabemos orar como es debido; pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inenarrables, y aquel que sondea los corazones sabe cuáles son los deseos del Espíritu y que éste intercede por los santos según Dios» (Rom 8, 26-27). Entonces, no solamente el Espíritu está en el principio de la nueva plegaria, sino que la acompaña en todo su recorrido y pone de manifiesto su contenido más auténtico, hasta el punto de que Dios interroga al Espíritu

para que se manifiesten «los deseos del **Espíritu**», «en favor de los santos», es decir de la comunidad entera. Por medio del Espíritu, la realidad más profunda de nuestra oración supera siempre las apariencias de nuestra plegaria.

CONCLUSION

La lectura de 1 Cor 12-14 y de Rom 8 merecería ciertamente un estudio más profundo, sin hablar de los demás textos paulinos o atribuidos a Pablo sobre el Espíritu. Es difícil hacer la síntesis de los mismos, ya que la palabra y sobre todo la realidad que designa se escapan siempre en cierto modo de una investigación demasiado lógica o sistemática. En su referencia al Espíritu, el apóstol intenta decir toda la novedad de la vida cristiana, y ante todo la novedad de la alianza (en *la antítesis entre ley y espíritu o letra* y espíritu: cf. Gál 3, 2; 2 Cor 3, 4-11; Rom 2, 29 Y 7, 6). Pablo quiere expresar también toda la dinámica nueva de la vida cristiana, el «dinamismo del Espíritu» (Rom 15, 13; cf. 1,4), que afecta no solamente al bautizado individual, saciado del Espíritu, sino a la iglesia entera (1 Cor 12, 11 Y 13). Esta fuerza de Dios penetra finalmente en la historia entera, ya que las arras o las primicias del Espíritu ya se nos han dado (Rom 8, 23) antes de que todo haya sido enteramente renovado en el Espíritu (Rom 8, 11).

Para manifestar mejor la originalidad del pensamiento paulino sobre el Espíritu, habría que compararlo además con el de las cartas atribuidas a Pablo (sobre todo Efesios) y más aún con los escritos de Juan sobre el Espíritu y el Paráclito. La personalidad y la acción del Espíritu están sin duda más marcadas en Juan que en Pablo. Podrían señalarse otras diferencias; por ejemplo: en Juan, Jesús promete la venida del Espíritu y lo envía efectivamente; este punto no aparece para nada en Pablo, según el cual es Dios-Padre el que da el Espíritu (1 Tes 4, 8; Gá13, 5). Respec-

to a la objetividad intimista de Juan, se observa en Pablo un extraño acento de entusiasmo: él habla de una experiencia, y de una experiencia que reconoce como inenarrable. En el fondo es la experiencia reli-

giosa y la expresión teológica más profunda de estos dos autores lo que aquí está en juego.

Charles PERROT

18

RECONOCED EL ESPIRITU QUE SE OS HA DADO

1 Jo 3, 24-4, 6

3,24 Por esto sabemos que mora en nosotros: por el **Espíritu** que nos ha dado.

4,1 Queridos, no os fiéis de cualquier **espíritu**, sino probad los **espíritus** para ver si vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han venido al mundo.

² Reconoced en esto el **espíritu de Dios**: todo **espíritu** que confiesa a **Jesucristo venido en la carne es de Dios**; ³ y todo **espíritu** que no confiesa a Jesús no es de Dios; es el **espíritu del Anticristo**.

Habéis oído decir que iba a venir; pues bien, ahora está ya en este mundo. ⁴ Vosotros, hijitos, sois de Dios y lo habéis vencido. Pues aquel que está en vosotros es mayor que el que está en el mundo.

⁵ Ellos son del mundo; por eso hablan según el mundo y el mundo los escucha.

⁶ Nosotros somos de Dios. El que conoce a Dios nos escucha; el que no es de Dios no nos escucha. En eso reconocemos el **espíritu de la verdad** y el **espíritu del error**.

Familiarizados con el cuarto evangelio, los cristianos de las comunidades de Juan han oído esta palabra de Jesús: «No os dejaré huérfanos... El paráclito, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que os he dicho» (Jn 14, 18.26). En adelante, viven del Espíritu de Jesús, que éste les ha transmitido en la resurrección (Jn 20, 22).

Pero, ¿qué significa «escuchar al Espíritu?»; No es posible que cada uno defina a su antojo cómo ha de vivir el evangelio, cuál es el «espíritu» según el cual hay que obrar. ¿V qué hacer para no dejarse seducir por palabras ilusorias, por espejismos, que se parecen tanto al evangelio que es posible engañarse?

Las cartas de Juan nos muestran cómo los responsables de las comunidades velaban por mantener la

palabra recibida, tal como fue enseñada desde el principio. Sienten la preocupación de *discernir, en iglesia, qué es lo que significa vivir según el Espíritu que se ha dado*.

Los textos sobre el Espíritu no son numerosos (3, 24; 4, 1.1.2.2.3.3.6.6.13; 5, 6.6.8). A este conjunto de pasajes en los que aparece la palabra «espíritu», conviene añadir el texto sobre la unción (1 Jn 2, 20.37). La unción es la palabra de Dios, transmitida por Jesús, que penetra en los corazones y los empapa bajo la acción del Espíritu Santo.

El texto sobre el discernimiento de espíritus (1 Jn 3, 24-4,6) reviste una importancia especial en el contexto de finales del siglo I. Además, se trata de un pasaje al que remiten los demás:

- 4,13 forma una inclusión con 3, 24: repetición de un mismo versículo. Para un análisis más completo, habría que tener en cuenta la sección 3, 24-4, 13;

- en 5, 6,8, el autor hace referencia al testimonio del agua, de la sangre y del Espíritu. Remite al evangelio de Juan en 19,34-35: el episodio de la lanzada en el costado del Señor. Allí, los testigos de la muerte de Jesús son la sangre, el agua y el discípulo que vio y que da testimonio para que todos crean sobre la base de su testimonio. En la primera carta de Juan, el testimonio del discípulo se convierte en testimonio en el Espíritu. Es urgente para las primeras comunidades cristianas definir, en esa iglesia que está ya tomando forma, cuál es el testimonio en el Espíritu, *discernir el verdadero Espíritu*.

Para el análisis del texto, vamos a proceder en tres etapas:

- ¿qué significa «discernimiento de espíritus?»;
- la confesión de Cristo: una fórmula de fe;
- el reconocimiento del Espíritu en la vida de amor según Dios.

EL DISCERNIMIENTO DE ESPIRITUS

¿El Espíritu o el espíritu?

Lo mismo que en el resto de la carta, el autor procede por medio de palabras-gancho. En 3, 24, la

EL ESPIRITU DE VERDAD Y EL ESPIRITU DE PERVERSIDAD

«En esos espíritus (de verdad y de perversidad) se desarrolla la historia de todos los hijos de hombre, y en sus categorías se reparten todos sus ejércitos... Hasta el presente, los espíritus de verdad y de perversidad luchan en el corazón del hombre: ellos caminan en la sabiduría y en la necesidad. Y según la herencia de cada uno en la verdad y la justicia, así odia él la perversidad. y según su pertenencia al partido de la perversidad y de la impiedad que hay en él, así detesta él la verdad. Pues Dios los ha puesto en la misma proporción hasta el tiempo fijado y hasta la era nueva. Y él conoce la retribución de sus obras por todos los tiempos eternos y se las ha atribuido en herencia a los hijos de hombre, a fin de que conozcan el bien y el mal, y hará caer la suerte para todos los hombres según el espíritu que hay en ellos en el momento de la visita».

Texto de Qumrán: *Regla de la Comunidad*
1 QS IV 15, 23-26
(cf. *Los manuscritos del Mar Muerto*
y *la comunidad de Qumran*, 50-51).

palabra espíritu (*pneuma*) provoca el inciso 4, 1-4,6, centrado en la cuestión del discernimiento de espíritus. En este inciso aparece 7 veces la palabra espíritu. Pero ¿de qué espíritu se trata? Aquí está el nudo de la cuestión. Si comprobáis las diversas traducciones, veréis cómo vacilan entre la mayúscula y la minúscula.

- La expresión que encuadra el inciso en 3, 24 y en 4, 13 es: «el Espíritu dado por Dios».
- En el inciso 4, 1-4,6, se trata concretamente de discernir si uno es fiel o no al Espíritu que se ha dado. Por tanto, conviene mantener la minúscula, como lo hace la Biblia de Jerusalén (véase nuestra traducción).

- ¿De qué espíritu sois?

¿Cómo reconocer bajo sus apariencias a los falsos profetas? El autor de la carta pone en guardia a sus lectores: hay toda clase de espíritus. No hay que prestar fe a uno cualquiera de ellos, sino que hay que distinguir:

- a los que confiesan a Jesús venido en carne. Estos son fieles al evangelio de Juan. Reconocen al Verbo hecho carne (Jn 1, 14). Son de Dios (v. 2);

- pero frente a ellos están los que no confiesan a Jesús como es debido (v. 3). Para anunciar el evangelio, utilizan ciertas palabras que no son conformes con el evangelio recibido y enseñado en la comunidad. Estos dividen a Jesús; en el v. 3 se puede leer igualmente: «todo espíritu que disuelve (o destroza) a Jesús». Se trata probablemente de aquellos que pretenden que Jesús no tenía más que las apariencias de hombre. Es la herejía que se conoce con el nombre de docetismo (del griego *dokeo* = parecer), combatida en la primera carta a los corintios y en los escritos de Juan. Hay que denunciar esta obra del espíritu del Anticristo que sumerge al mundo en el error. Esos no son de Dios, afirma el autor de la carta con toda seguridad.

CONFESAR A JESUS, EL CRISTO

La enseñanza del evangelio y las confesiones a propósito de Cristo no se dejan al arbitrio y al gusto de cada uno. El responsable de la comunidad tiene la función de regularlo todo (véase el testimonio que se da en 1, 1-5). No todas las confesiones de fe son aceptables. La confesión de Cristo venido en carne es una base indispensable fuera de la cual no puede haber fe cristiana. Pero ¿se trata simplemente de enunciar unas fórmulas de fe? ¿Qué significa «confesar a Cristo venido en la carne»? ¿Cómo reconocer allí la obra del Espíritu de la verdad?

Una mirada sobre el conjunto de la carta podría hacernos creer que la fe cristiana consiste en enunciar fórmulas. Las expresiones del tipo «el que confiesa que...» o «el que no confiesa que...» se cruzan entre sí.

Pero no hemos de engañarnos. El texto que estamos estudiando demuestra que la adhesión a Jesucristo es algo muy distinto de un baile de fórmulas. Dentro de la secuencia 4, 1-6, destaca una sección central que no contiene la palabra «espíritu»; está organizada en torno a tres declaraciones que es posible distinguir a partir de los pronombres «vosotros», «ellos», «nosotros».

- Ser de Dios / Ser del mundo

El discernimiento de espíritus implica una decisión de todo el ser. El espíritu al que nos adherimos atestigua nuestra pertenencia a Dios o al mundo. En los textos de Juan, el «mundo» se opone frecuentemente a Dios: es el mundo que le rechaza, el mundo de la no-fe.

- Vosotros..., ellos..., nosotros...

En toda la carta, el autor utiliza el estilo de la amonestación. Procede en tres etapas:

Vosotros: En un primer tiempo, se dirige a los destinatarios para recordarles su condición de cristianos, su pertenencia fundamental: vosotros sois de Dios. Lo hace refiriéndose al evangelio: Jesús dio a los que creen la facultad de convertirse en hijos de Dios (Jn 1, 13).

Ellos...: Sin embargo, ser de Dios no significa ser una divinidad. Existe siempre el mal y la mentira bajo diversas formas, con su poder de seducción. Allí están ellos, los falsos profetas, los anticristos, el espíritu del error, para extraviar a los hombres.

Nosotros: Con buen tino pedagógico, el autor propone entonces a sus lectores que sigan la enseñanza dada por aquellos que anuncian fielmente el evangelio: «nosotros». Siguiendo esta enseñanza, se conoce a Dios. Así serán de Dios.

RECONOCER EL ESPIRITU QUE SE HA DADO

En cada ser humano hay una tendencia que lo inclina hacia el bien o hacia el mal. Un texto bien conocido de la comunidad de Qumran ilustra esta idea (cf. recuadro p. 60). En el mundo, e incluso en cada uno de los hombres, se oponen los dos espíritus: el espíritu de la verdad y el espíritu de la mentira. El autor de 1 Jn conoce esta tradición y la adapta a su exposición.

Los cristianos son ciertamente de Dios. Se trata de una seguridad fundamental. Cristo ha obtenido definitivamente la victoria (1 Jn 4,4; Jn 16,33). El Espíritu de Dios ha sido dado (1 Jn 3, 24 Y 4,13: los dos versículos que encuadran el texto estudiado). Pero la pertenencia a Dios no se ha realizado de una vez para siempre. Toda vida cristiana se caracteriza por el discernimiento del Espíritu.

Los verbos relativos al Espíritu en el texto que estudiamos ponen especialmente de relieve el progreso en el camino: creer en el espíritu, estimar-valorar el espíritu, conocer o mejor dicho reconocer el espíritu, el espíritu que confiesa opuesto al espíritu que divide.

Reconocer el Espíritu. Confesar a Jesucristo exige un compromiso en conformidad con el Espíritu recibido. Para la comunidad de Juan, esto significa manifestar muy en concreto que el amor de Cristo está entre nosotros. Como demuestra la continuación del pasaje sobre el espíritu, lo esencial es el amor: la palabra-gancho que sigue a la sección sobre el espíritu es el «aman» (*agapé*) (4, 7-5, 3).

Reconocer el Espíritu que se nos ha dado no es solamente pronunciar una fórmula, sino discernir en nuestra Vida los caminos del Espíritu que exige amar a los hermanos.

Michele MORGEN

LO QUE EL ESPIRITU DICE A LAS IGLESIAS

Al comienzo de! Apocalipsis, leemos siete cartas dirigidas a las Iglesias de! Asia Menor para exhortarlas, elogiarlas o corregirlas. Observad la equivalencia que se establece entre la palabra de Cristo y lo que dice el Espíritu Santo. En efecto, cada una de las cartas se abre con una perífrasis que designa Siempre a Jesús resucitado: «Así habla el que murta, pero ha vuelto a la Vida» (Ap 2, 17, véanse las otras expresiones en 2, 1 12, 3, 1 7 14). Y se cierra con un estribillo que no varía: «*Quien tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias*» (Ap 2, 7 11 17 29, 3, 6 13 22).

¿Cómo es profético el Espíritu? ¿Cómo da su mensaje a las comunidades eclesiales? De una doble forma. No se oívida. Ciertamente que el Espíritu se expresa en el Antiguo Testamento, leyendo la Escritura, las Iglesias descubren las amonestaciones o las promesas que merece su conducta. Pero el Espíritu Santo es también el Espíritu de Cristo vivo. Juan, el redactor de las siete cartas, no meditó sólo en el Antiguo Testamento, meditó además en los hechos y en las palabras de Jesús de Nazaret y lo que le enseñó a cada Iglesia se lo inspiró -es consciente de ello- el Espíritu de Jesús resucitado. Por medio de sus profetas, iluminados por su Espíritu, es como Cristo se dirige después de pascua a las comunidades eclesiales.

Hugues COUSIN

EL ESPIRITU Y LA ESPOSA DICEN: «¡VEN!»

Se acabó nuestro recorrido a través de la biblia. ¿Habría que recordar que hemos escogido estos textos y que hemos tenido que prescindir de otros muchos, aunque también importantes? En los que hemos leído hemos podido ya vislumbrar las líneas generales de lo que es la vida cristiana «en el Espíritu».

Hemos seguido el orden tradicional de nuestras biblias, pero sería interesante repasar los textos del Nuevo Testamento por el orden cronológico probable de su composición. Observaríamos entonces el progreso del lenguaje cristiano, o mejor dicho el desarrollo de varios tipos de experiencia de la fe.

El lenguaje espontáneo y dinámico de **Pablo** sigue estando todavía cerca de la vida palpitante de las primeras comunidades. En él, no siempre se distinguen las actividades de Cristo y las del Espíritu: vivir en Cristo es también vivir en el Espíritu.

En el evangelio de **Marcos**, el Espíritu sigue siendo muy discreto: dentro de la línea del Antiguo Testamento, es la fuerza de Dios que libera al hombre de los malos espíritus.

En **Lucas**, por el contrario, el Espíritu está continuamente presente y operante, desde el evangelio de la infancia que anuncia el misterio pascual. Manifiesta a Jesús como el Hijo de Dios, hasta el acontecimiento de pentecostés en donde la iglesia nace de la resurrección

de Jesús. A lo largo de los relatos de los **Hechos**, verdadero «evangelio del Espíritu Santo», es él el que suscita y propulsa a los testigos de Cristo. A través de las crisis, los conflictos y los bloqueos, asegura la expansión y la comunión de las iglesias dispersas. Lucas hereda el lenguaje de las iglesias paulinas, pero destaca la acción del Espíritu en las comunidades más bien que en cada uno de los cristianos.

El evangelio de **Juan** atestigua una experiencia muy distinta. La personalidad del Espíritu paráclito queda fuertemente marcada en sus discursos: es «la actualidad de Cristo», ya que prosigue en cada creyente la obra de revelación que comenzó Jesús, el que lo envió. El es el que hace acoger en la fe la palabra del Hijo venida del Padre.

El dirige a cada uno hacia la verdad entera, desplegando las riquezas de la palabra hecha carne.

Al final del **Apocalipsis**, cuando se cierra el libro y alcanza al presente de cada generación cristiana, el Espíritu hace brotar la plegaria impaciente hacia el horizonte de nuestras vidas:

El Espíritu y la esposa dicen: «¡Ven!».
El que oye diga: «¡Ven!».
Amén. ¡Ven, Señor Jesús!

(Ap 22, 17.20)

CONTENIDO

El catecismo nos enseña que el Espíritu Santo existe. Pero para muchos cristianos, incluso para no pocos confirmados, ¿no es más que una frase del credo o una bonita idea para el día de penitencia?

Por el contrario, otros cristianos afirman que su vida se ha visto transformada por la experiencia del Espíritu, en grupos de oración de «renovación». ¿Habrá vuelto a tomar la palabra el Espíritu para despertar a nuestras iglesias? ¿Acaso ha dejado alguna vez de llamar al pueblo de Dios?

La lectura de estos textos de los dos Testamentos puede enseñarnos a reconocer la acción del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia, en cada una de nuestras vidas.

ANTIGUO TESTAMENTO

Nm 11,16-30	1	Un pueblo de profetas	<i>P Gruson</i>	p 5
2 Re 2, 1-18	2	El espíritu de Ehas reposa sobre Ehseo	<i>G Blochal</i>	8
Is 11, 1-5	3	El espíritu del Señor sobre el rey) <i>M Asurmendz</i>	11
Is 42, 1-7	4	El Siervo) el espíritu	»	13
Is 61, 1-3	5	El espíritu y la unción	»	14
Is 63,7-14	6	La rebeldía contra el espíritu santo	»	15
Ez 36, 23-27	7	Corazón y espíritu nuevos	»	16
Ez 37, 1-14	8	Los huesos secos	»	18
Sab 7, 22-8, 1	9	El espíritu y la Sabiduría	M <i>Gzberl</i>	19
Espíritu \ ruah en el antiguo Testamento			<i>H Cazelles</i>	22

NUEVO TESTAMENTO

Mc 1,9-13	10	El Espíritu Santo contra Satanás	<i>M Quesnel</i>	25
Le 4, 16-21	11	El Espíritu Santo sobre Jesús profeta	»	29
Jo 3, 3-8	12	Renacer por el Espíritu	<i>E Cothenet</i>	35
Jn 14, 16	13	Las promesas del paraíso	»	37
Hch 2	14	La venida del Espíritu Santo	<i>A Marchadour</i>	41
Hch 10	15	El pentecostes de los paganos	»	48
1 Cor 12, 14	16	El Espíritu en el cuerpo	<i>C Perrol</i>	51
Rom 8	17	La vida en el Espíritu	»	55
1 Jn 3, 24-4, 6	18	Reconocer el Espíritu que se os ha dado	M <i>Morgen</i>	59

Algunos libros sobre el Espíritu Santo	31
Concordancia El Espíritu Santo en el Nuevo Testamento	32